EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS PERSONAS DECENTES

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE GASPAR

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS, 2, 2.°

1890

LAS PERSONAS DECENTES

LAS
PERSONAS DECENTES

COMEDIA EN TRES ACTOS, EN PROSA

ORIGINAL DE

ENRIQUE GASPAR

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA el 31 de Enero de 1890

MADRID
IMPRENTA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29
1890

AL EXCMO. SEÑOR

DON JUAN NAVARRO REVERTER

Nada hay más expuesto, queridísimo Juan, que romper con una tradición, sobre todo si la tradición es tan gloriosa como la de nuestro teatro; pero la evolución se impone y no hay medio de retroceder. Tiempo hace que el público la presiente; hoy ya la exige: lo difícil es que acepte el manjar sin extrañeza cuando todavía conserva el dejo de su antigua alimentación. Figúrate, por lo tanto, el miedo con que someto á su fallo esta comedia.

Una observación antes de pasar adelante, no para ti que me conoces á fondo y sabes que nadie es más descontentadizo y desconfiado de sus obras que yo, sino para los que lean estos renglones y puedan traducir por soberbia lo que es solo un legítimo deseo de hacer luz en el caos que nos envuelve. No; yo no defiendo mi teatro, ni siquiera lo discuto: abogo, sí, por el género á que pertenece, que tampoco es de mi invención, ni exclusivo de tal ó cual nación aliada, sino propio de la época en

que vivimos. Soy, valiéndome de un símil, un autor que ha abandonado el traje regional y que pregunta:—¿Hago bien en vestirme de actualidad, puesto que vivo la vida moderna, ó debo, por el contrario, asistir al Real con zaragüelles, comer en la embajada con marsellés y montar en las carreras disfrazado de gallego?

Como ves, esto no arguye la exigencia de que todos se hagan una levita igual á la que llevo yo, llena de arrugas, mal entallada y que se abre; sino que adopten una prenda que es ya de uso general, y que, confeccionada por cualquiera de mis dignos compañeros, sería una maravilla de perfección, elegancia y buen gusto, dadas la excelencia de su paño, la gracia de su corte y la habilidad de su cosido.

Hecha esta salvedad, entremos en materia, de buena fe.

La tesis de Las Personas Decentes es de una transcendencia abrumadora; y hablo así, porque ningún mérito me atribuyo con ello, puesto que no es mía; me la ha dado la manera de ser de nuestra sociedad que, en su tendencia igualitaria, ha echado un puente entre el hombre de bien y el bribón, para que todos puedan circular por él, confundidos mediante un derecho de pontazgo de camisa limpia. No hay, por consiguiente, acción dramática tan robusta y rica en detalles que logre llenar molde tan vasto. Confiada esta misión á mis débiles fuerzas, el argumento ha resultado un perdigón dentro de un cascabel.

Pero, en fin, esto es cuestión de oficio y no de escuela; cuenta mía para con el público que, aceptando ó no el buen propósito que me ha guiado, puede decirme con razón que no me meta á levantar arrobas, si no alcanzo más que á adarmes.

No sucede lo mismo con el desenlace de la comedia, que acaso algunos juzguen inmoral, viendo que un ladrón, á quien el Código castiga con el presidio, queda impune en el teatro. ¿Pero debo yo prescindir de la verdad? En una obra docente, ¿cabe un convencionalismo que falsee la misma enseñanza que se trata de deducir? No, y mil veces no.

Acaso fuera de mucho efecto teatral el que el protagonista de mi comedia, que ya ha ido inútilmente hasta la denuncia, al tropezar con una influencia noble y generosa que le obliga á guardar un silencio que los otros han vendido, en lugar de ceder lo sacrificase todo al aplauso; y, dando al olvido que se viste de frac, que come galantinas, que juega á la bolsa, que usa del crédito y que, por consiguiente, tiene que pensar *elástico*, se mostrara intolerante y rígido, como solo la imaginación de los poetas pretende que eran los hombres de las edades pasadas. Porque, en puridad de verdad, ó los libros no sirven para maldita de Dios la cosa, ó salvo Sócrates, Catón, Lucrecia, Guzmán el Bueno y demás excepciones de su temple, la generalidad de los mortales, fustigada en idénticos vicios por Aristófanes, Juvenal, Dante, Quevedo, Voltaire, Swift, Larra y demás, colosos de la sátira y de la crítica, ha sido siempre la misma en todas

las clases, en todos los países y en todos los tiempos.

Si mi protagonista procediera así, constituiría una excepción; mi obra se titularía *Ramón el intransigente;* y el público, después de aplaudir un cuadro al óleo, más ó menos de su gusto, se preguntaría á la conclusión:—¿Y á mí qué?—Pero como lo que yo me propongo es hacer la fotografía de un grupo que se llama las personas decentes, no me es posible falsear el modelo, si quiero que los espectadores encuentren el parecido y dlgan al caer el telón:—Esto va con algunos que yo conozco.

Hasta aquí en cuanto á lo verdadero: vamos ahora á lo moral.

Es achaque de nuestro teatro el exigir que la enseñanza ha de entrarle al auditorio por los ojos y por los oídos. Si el traidor no exclama:—Me arrepiento,—ó si la vindicta pública, en la forma del personaje vengador, no le infiere el castigo correspondiente, la obra no está completa. No me meto á averiguar si este fenómeno obedece á idiosincrasia del público ó á respeto por la tradición en los autores; el resultado es que, metiéndonos á sentenciar en asuntos, que muchas veces son de alzada divina, no hay producción teatral, por importante que sea, que no recuerde *El buen Fridolín y el pícaro Thierry,* con que en la instrucción primaria se les inculcaba la moral á los niños de nuestro tiempo.

Puede que me equivoque, pero á mi entender el

público ha vivido en tutela hasta que la evolución se ha impuesto. Mientras se le ha nutrido con dramas de época ó románticos, de cuya exactitud no le era dable juzgar en razón de la distancia cronológica á que se hallaba de ellos ó de la diferencia de tensión entre aquellas pasiones convencionales y su manera real de sentir, el espectador era un niño á quien le decían:—Mira y admira lo que hacen estos personajes.—Pero apenas se vió hombre y dejó la rayuela y la peonza por los embates de la existencia, él es quien le dijo al teatro:—Alto ahí. Háblame mi lenguaje; dame argumentos con problema ó sin él, pero que yo entienda; entretenme ó enséñame, pero no con juguetes impropios de mi edad, sino por medios que cuadren á mis bigotes. Yo no soy ya tan solo tu admirador; soy además tu juez.

Y, en efecto, las comedias no se escriben para que las hagan los actores, sino para que las juzgue el público, á quien, constituído en tribunal, compete dictar la sentencia y no al autor. Por lo tanto, mientras este no se complazca en santificar al vicio, nada importa que lo deje impune, si así resulta del natural que copia; porque, al sondar sus llagas, al descubrir sus hediondeces, al conocerle en fin, el público le repele, le niega su simpatía, le excluye de su seno, y, sin puñaladas ni discursos, la moral triunfa en la escena con el castigo que viene de las butacas.

Y basta de fondo que nos llama la forma.

En España, á mi humilde juicio, venimos, desde

fecha muy remota, confundiendo la dramática con las bellas letras. Nuestras obras teatrales—y en estas nuestras no entran las mías—son verdaderos dechados de retórica. Pero como la literatura entre nosotros consiste en poner bonito el concepto, diciendo las cosas de distinta manera que las dice el común de los mortales, el lenguaje de nuestros dramas ha resultado un convencionalismo muy en armonía con los asuntos caballerescos y de época, pero un anacronismo para la comedia de costumbres.

Esta supeditación del fondo á la forma ha traído consigo el predominio de la rima en la escena, pecado original del que emanan los demás errores; pues, al construir una obra teatral, el adornista ha eclipsado siempre al arquitecto, la solidez ha cedido el paso á la belleza, y el edificio ha resultado con una fachada llena de telamones en los arquitraves, de metopas en los frisos, de esculturas en el tímpano del frontón, de maravillas de ornamentación en fin, pero sin cimientos.

En las obras festivas y de puro solaz las consecuencias apenas se han dejado sentir; el público pedía entretenimiento, lo encontraba, y cuidábase poco de distinguir si se lo debía al chiste de la frase en el teatro nacional ó á la trabazón del argumento en las traducciones. Aplaudía, y con razón, las galas del ingenio que, en asombros de métrica, han legado á la posteridad los maestros D. Manuel Bretón de los Herreros y D. Narciso Serra, y cerraba los ojos sobre el vicio de versificar que se

apoderaba de todos los que, á mayor ó menor distancia, pero lejos siempre, seguíamos sus huellas perdiendo la costumbre de la prosa, y, por consiguiente, la de hablar claro y escribir concreto.

La dificultad de emitir el pensamiento sin giros ni locuciones literarias, ha sido tan común entre nuestros poetas, que ni los mismos padres graves la han logrado vencer. El insigne Bretón, siendo, si no me equivoco, secretario de la Imprenta Nacional, no hallaba modo de tomar la embocadura á la memoria de fin de año que le reclamaba el director. Todo era prórroga y más prórroga; hasta que, asediado un día por su jefe, le preguntó:—¿La quiere usted en verso?—Las improvisaciones de Serra son proverbiales, y el discurso de recepción del gran Zorrilla en la Academia, un testimonio más de mi aserto.

Pero vengamos ahora á las obras de aliento, á los dramas de alcance y de transcendencia. Fuera de *El hombre de mundo*, incomparable, en que el autor no ha hecho más que rimar la prosa con su alarde de asceta, que solo se nutre de lo estrictamente necesario para no morirse de hambre, ¿conoces alguna producción moderna de empuje en que la retórica deje de ser el componente principal? En prosa ó en verso, la literatura se sobrepone á la acción, la imagen atropella á la lógica, y, hasta en los casos de naufragio, el tropo es el que flota y al que procura asirse el argumento para salvarse.

Este fenómeno se explica: Las imaginaciones poéticas son perezosas, y, acostumbradas á soñar, no se les puede exigir que mediten. Por eso aquellos poetazos del teatro antiguo empleaban cuatrocientos versos en decir, con todas las seducciones del lenguaje, que habían conocído en el baño á una mujer. Y el público literario de hoy, con el respetuoso culto que debe inspirar toda gloriosa tradición, aplaude aún aquella majestad arqueológica, con la misma buena fe con que el público de su tiempo, incipiente en lides dramáticas, aplaudía el estro de unos vates que sacaban á la égloga de su cuna para revestirla con los atributos del drama.

Pero ¿puede y debe ser esto nuestro teatro de hoy? No. Con que la sintaxis y la prosodia no sufran menoscabo, está cumplida la misión del drama moderno, en lo que con el diálogo se relaciona. Lo difícil y lo meritorio es adaptar este al tono de la situación y á las circunstancias del personaje: que resulte ingenioso, sin literatura ó sentido, sin rigidez académica; que circule sangre por las palabras para producir palpitaciones, en el concepto que impriman vida al conjunto; que no se le llame al pañuelo «*el lienzo testigo de las lágrimas*», ni al balcón «*el hueco por donde entra el perfume de la brisa*», y que si un interlocutor tiene que decirle á otro que se va por el tren de las cinco de la mañana, no pierda el tiempo ni la formalidad en contarle que, «*á esa hora en que el alba entreabre las cortinas de la noche para dar paso al día, y en que la naturaleza, pintada con sus más bri-*

llantes matices, se dispone al trabajo, dirigiendo su himno de alabanza á la Providencia, el Cíclope, con su ojo de luz en la frente y la melena azotada por el viento, le llevará en sus hercúleos hombros por las graníticas entrañas de la tierra ó suspendido en el espacio al término de su viaje», que, después de todo, resulta un trayecto entre Madrid y el Escorial.

Hablar de este modo, por bien hablado que ello esté, es disfrazar de levita al teatro antiguo; ponerles careta á Calderón, Tirso y Moreto para que no se los conozca, y pretender que se ha entrado revolucionariamente en la reforma, porque al valenciano, sin quitarle los zaragüelles, le han añadido guantes, al andaluz le han reemplazado el marsellés por un frac, y al gallego le han sustituído la montera por un sombrero de copa.

Ser ó no ser. Niños, cultivemos la sinecdoque y la metonimia, y contentémonos con aspirar al premio de retórica en el curso de humanidades. Hombres, alumnos de facultad mayor, dejemos los rizos, el tonelete y todo el atavío infantil, que ya no sienta bien á nuestras barbas, y rompamos con la tradición resueltamente. No hagamos versos para no olvidarnos con el canto de que nuestra misión es hablar. Archivemos los trapos, á fin de que el público, emborrachado por la exuberancia de fantasía, no aplauda inconscientemente la emboscada que le tendemos, para que no note que hemos invertido toda una escena en decirle que nos vamos por el primer tren, y que aun esto poco se lo hemos

dicho vestidos de levita y armados de un laud como los trovadores antiguos. Enterremos las descripciones y los parlamentos que en toda dramática moderna solo constituyen el talento de la medianía, y no temamos que se nos tilde por ello de falta de imaginación; pues ya acabarán por convencerse de que aquí donde se vuela tan alto, cortarse las alas, es un sacrificio meritorio en hombres, cuya misión está en la tierra y nada tienen que hacer de tejas arriba.

***

Si como al prólogo de la tragedia griega le fuese permitido al autor conferenciar con el público antes de exhibirle su obra, yo le rogaría al del estreno de esta comedia que la acogiese benévolamente para no manchar con las salpicaduras de mi derrota tu esclarecido nombre. No á título de presentación—que á ti toca escudarme—sino de advertencia para mi juez, que aún no habrá podido pasar los ojos por la primera página de este libro, le pediría gracia para el ingeniero ilustre que, como jurado en la Exposición de Viena, enriqueció nuestra literatura con sus impresiones *Del Turia al Danubio;* para el profundo hacendista que, en la discusión de los servicios postales marítimos y en la de los presupuestos, cautivó la atención de la Cámara popular con su elocuencia, conquistándose sólida fama entre los economistas con el peso de su argumentación; para el orador brillante que, como presidente del Congreso Internacional de

Ingeniería, probó en Barcelona que la ciencia y la palabra son esclavas gemelas de su poderoso talento; para el delegado general de España en París que, con un patriotismo casi superior á sus otras cualidades, acaba de iniciar la unión hispano-americana; sublime grito de alerta dado á la producción nacional; barricada formidable contra la teoría de Monroe, proseguida por Blaine en el Zollverein transatlántico, y, sobre todo, para mi cariñoso amigo de la niñez que ha hecho suyas mis alegrías y ha compartido conmigo sus hondas aflicciones, sin beber gota de dolor ó de gozo que no estuviera servida en el *anfiquipelon*, siempre lleno para mí, huésped constante de su existencia.

Pero á otros tiempos otras costumbres. Hay que callarse y correr su suerte. Te asocio, no obstante, á mi obra á todo evento, porque te conozco, y sé que, antes que vencedor en la Bicoca, prefieres ser vencido en Trafalgar.

Te abraza fraternalmente,

ENRIQUE GASPAR.

Olorón, Octubre, de 1889.

REPARTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
CARMEN.................	Srta. Martínez.
JULIA...................	Ruíz.
LEONOR.................	Bernal.
RAMÓN..................	Sr. Sánchez de León.
MANUEL.................	García Ortega.
ANTONIO................	Balaguer.
JUAN....................	Montenegro.
DIEGO...................	Rosell.
NORBERTO...............	Mario.
UN CRIADO..............	Urquijo.

DOS PALABRAS

SOBRE

LA CONCIENCIA ARTÍSTICA DE DON EMILIO MARIO.

Al remitir esta comedia á tan insigne director, le rogué que la repartiera como lo juzgase conveniente, reservándose el papel que fuere más de su gusto, en la seguridad de que todos encontrarían en él digno intérprete. Por incidencia le indiqué lo prudente que sería encargar del personaje de Norberto á un actor bien recibido del público, á fin de suavizar la aspereza de las dos situaciones únicas en que figura.

Hoy, ocho días antes del estreno, recibo una carta suya en la que me anuncia el reparto y en la que se leen estos renglones tan sencillos por su ingenuidad como profundos por su abnegación:

«Como verás me he quedado con un papel de escasa importancia por su tamaño, pero que necesita autoridad para la escena del primer acto y la corta del tercero.»

Esta delicadeza artística no necesita comentarios, pero merece pregones. Yo me complazco en hacer público mi reconocimiento.

ENRIQUE GASPAR.

Oloron 25 de Enero de 1890.

ACTO PRIMERO.

El despacho de Antonio. En primer término de la derecha del actor y arrimada á un lienzo de pared, una papelera antigua estilo Luís XV, con una tapa en escocia ó mediacaña que sube y baja por medio de correderas y cierra de golpe como una guillotina. Un par de mesas de tresillo con naipes y luces. Lámparas encendidas en diversos puntos de la escena.

ESCENA I.

RAMÓN y NORBERTO haciendo un ecarté. MANUEL y DIEGO viéndoles jugar. JUAN y ANTONIO en el lado opuesto leyendo periódicos.

JUAN.

¿Cómo va eso? (Acercándose á los jugadores.)

RAMÓN.

Estamos á cuatro.

MANUEL.

Creo que Lafuente va á dar el quinto pase.

DIEGO.

No nos prueba el despacho de Antonio.

ANTONIO.

Pues hasta la semana que viene no estará lista la sala de juego. (Yendo á reunirse á los demás.)

NORBERTO.

El rey. Cinco. (Volviendo triunfo.)

TODOS.

¿Ganó?

RAMÓN.

Sí; pero Dios sabe cómo, y el señor también, y por esa no paso. (Se levantan él y Norberto.)

TODOS.

¿Qué?

DIEGO.

(Aparte.) Enseñó la oreja.

MANUEL.

El puritanismo rural.

NORBERTO.

(Desconcertado.) Va usted á explicarme esas palabras.

RAMÓN.

No tengo inconveniente. Que ha montado usted las cartas destruyendo mi corte, y ha vuelto usted el triunfo por debajo donde había usted puesto un rey al barajar.

NORBERTO.

Eso es una vil calumnia de la que tendrá usted que darme cuenta.

UNOS.

¡Señores!

OTROS.

¡Prudencia!

RAMÓN.

Antes rehabilítese usted, si es posible.

NORBERTO.

No tengo de qué. Apelo al testimonio de los que nos escuchan.

RAMÓN.

Todos estos señores estaban ya sobre aviso.

NORBERTO.

¡Cómo! ¿Hay alguien que dude de mi integridad? (Pausa.) Ya lo ve usted... Callan.

RAMÓN.

Pedir responsabilidad á todos, es no quererla obtener de ninguno. Yo formularé la pregunta. ¿Es verdad, Soto, que ha visto usted, como yo, marcar dobles los tantos á este... caballero?

MANUEL.

(Aparte.) ¡Qué trabucazo! (Alto.) Diré á usted...

NORBERTO.

Pronto.

MANUEL.

Tal vez una distracción suya... un error mío... Como Don Diego le dijo á usted al pasar: Cuidado con el tanteo.

NORBERTO.

¿Qué?

DIEGO.

(Aparte.) Ahora me echan el muerto á mí.

NORBERTO.

¿Usted también?

DIEGO.

Poco á poco. Yo soy incapaz... ni me permitiría...

Pero cuando una persona tan respetable como el señor Bermúdez lo asegura...

NORBERTO.

¿Cómo?

DIEGO.

(Aparte.) Así; que corra, que corra.

NORBERTO.

Don Juan, se trata de mi honor; vindíqueme usted.

JUAN.

Yo no soy el dueño de la casa; á él solo compete este asunto.

RAMÓN.

Pero ¿qué pasa aquí? ¿Es que la gente honrada tiene miedo de llamar al delito por su nombre?

ANTONIO.

No, Ramón; es que no se hacen así las cosas. En fin, ya no es posible retroceder. (A Norberto tras una pausa.) Señor Lafuente: Mi situación es delicadísima, y espero que usted, sin que yo se lo indique, ajuste su conducta á las circunstancias.

NORBERTO.

¿Pero es que mantiene usted la acusación?

ANTONIO.

Cumplo con un deber de conciencia.

NORBERTO.

Creo que todos ustedes sabrán llenar también el que les impone la injuria que me hacen.

RAMÓN.

Usted es el que nos injuria haciéndonos alarde de una dignidad que es un sarcasmo delante de sus víctimas.

NORBERTO.

¿De mis víctimas?

DIEGO.

O de sus primos, si lo quiere usted más... familiarmente.

NORBERTO.

Pero...

JUAN.

Es inútil revolverse contra la razón.

ANTONIO.

Todos nos hacemos solidarios de este acto de justicia.

TODOS.

Sí, todos.

ANTONIO.

Salga usted. (Señalando la puerta.)

NORBERTO.

¡Oh! Perdón. (Cayendo sobre nna silla ahogado por los sollozos.)

TODOS.

¿Qué?

NORBERTO.

No pierdan ustedes á un infeliz. Yo soy una persona decente.

RAMÓN.

(Aparte.) Ya se ve.

DIEGO.

(Aparte á Ramón.) Tome usted nota, usted que viene á Madrid para aprender á serlo.

ANTONIO.

¿Entonces le ha impulsado á usted un rapto de demencia?

NORBERTO.

No; el hambre.

TODOS.

¡Ah!

MANUEL.

¿Pues no ocupaba usted un puesto en la judicatura?

NORBERTO.

Sí; pero me suspendieron en virtud de un expediente...

JUAN.

En el que no resultó cargo alguno contra usted.

NORBERTO.

Es cierto; pero aunque rehabilitado, no he conseguido que se me repusiera. Y así vivo hace dos años sin tener ya nada que empeñar ni que vender, ni más ropa que la indispensable para que no se me cierren los salones, iglesias en que pedimos limosna los mendigos de frac.

JUAN.

¡Vamos! ¡Es espantoso! ¡Infeliz!

DIEGO.

(Aparte.) ¿Se ablanda su protector del que todos necesitan? Aun canonizaremos al tahur.

ANTONIO.

Verdaderamente hay situaciones horribles en la vida.

RAMÓN.

Ninguna autoriza al hombre á envilecerse.

MANUEL.

Eso es muy fácil de decir.

DIEGO.

(Aparte.) Ya han vuelto grupas. No, pues yo no puedo marchar contra la corriente.

RAMÓN.

Se afronta la miseria con dignidad.

DIEGO.

Haciéndose extirpar antes el estómago.

RAMÓN.

Se pide una limosna.

ANTONIO.

Y te matan el hambre del día adquiriendo el derecho de dejarte perecer mañana.

JUAN.

Sí; porque la primera vez que se tiende la mano es uno un desgraciado á quien se socorre; pero la segunda...

DIEGO.

La segunda es un sablista de quien se huye.

RAMÓN.

Pues se pierde la vida antes que el honor.

TODOS.

¡Bah!

JUAN.

Usted no tiene hijos.

ANTONIO.

Ni experiencia.

MANUEL.

Frases efectivas.

RAMÓN.

Nada; me he equivocado. Siga usted por ese camino ya que le estimulan.

TODOS.

¿Qué?

NORBERTO.

Abusa usted de mi desgracia. Juro á ustedes que hasta ahora nunca me había envilecido.

UNOS.

¿Qué duda cabe?

OTROS.

Por supuesto.

DIEGO.

Bien lo prueba lo torpe que aun está.

NORBERTO.

Pero hoy... hoy no se ha comido en mi casa.

TODOS.

¡Ah!

NORBERTO.

Por lo que más quieran ustedes, por lo que más respeten, no me deshonren publicando mi vergüenza.

ANTONIO.

¿Quiere usted callar?

MANUEL.

De ningún modo.

DIEGO.

Al contrario.

JUAN.

Todos trataremos de aliviar su suerte.

UNOS.

Sí, sí.

OTROS.

Es un deber.

RAMÓN.

(Aparte.) Yo sueño.

ANTONIO.

Interpondremos nuestra influencia...

MANUEL.

Y gestionaremos la reposición de usted.

JUAN.

Entre tanto cuente usted con un empleo en el Banco Mercantil de que soy director.

NORBERTO.

¡Oh! gracias, gracias en nombre de mis hijos.

ANTONIO.

No se hable más del asunto.

MANUEL.

Como si nada hubiera pasado.

DIEGO.

Hoy por ti mañana por mí.

NORBERTO.

Adiós. No me atrevo á cruzar solo esos salones, me parece que todos van á señalarme con el dedo.

JUAN.

Tome usted mi brazo; saldremos juntos.

NORBERTO.

Caigan sobre ustedes las bendiciones de mi familia. (Vase con Juan.)

ANTONIO.

¡Desgraciado!

DIEGO.

Me ha conmovido.

MANUEL.

Pero, en fin, hemos hecho una buena obra.

RAMÓN.

Pues señor, no lo entiendo.

ESCENA II.

RAMÓN, ANTONIO, MANUEL, DIEGO.

ANTONIO.

Lo que ni se entiende ni se concibe es el compromiso en que nos ha puesto tu intemperancia.

RAMÓN.

¿He hecho mal?

MANUEL.

¡Hombre! por Dios...

DIEGO.

Ha estado usted muy duro.

ANTONIO.

Los cuatro meses que llevas en Madrid no han logrado suavizar la aspereza que trajiste de tus montañas. No se procede así entre personas decentes.

RAMÓN.

Buenas están las personas decentes á juzgar por la muestra. Anoche leía yo que Cambises había hecho desollar vivo á un juez prevaricador.

DIEGO.

¿En dónde? *La Correspondencia* no trae nada.

MANUEL.

Cambises fué un rey de Persia de los tiempos antiguos, cuando aún había, según dicen, menos instrucción que ahora.

DIEGO.

¡Ah! Ya.

RAMÓN.

Con la piel del delincuente mandó forrar un trípode y el hijo, que había sucedido al padre en la administracion de justicia, tenía la obligación de dictar sus sentencias desde aquel asiento á fin de no olvidar nunca la rectitud de su misión.

DIEGO.

No perdería de vista el ejemplo.

ANTONIO.

Epocas de barbarie.

RAMÓN.

Sí; pero entonces bastaba una silla.

DIEGO.

Hoy ni un mobiliario de salón sería suficiente.

RAMÓN.

Habría que forrar una sillería de coro.

ANTONIO.

Convenido; pero en el mundo está todo tan eslabonado que muchas veces tiene uno que prescindir de su deber.

MANUEL.

Hay siempre influencias que se cruzan...

ANTONIO.

Consideraciones que guardar...

DIEGO.

Conveniencias personales...

RAMÓN.

Usted ha puesto el dedo en la llaga. Aquí todo se mide por el rasero del egoismo.

ANTONIO.

¿Pretenderás que no hay hombres honrados?

RAMÓN.

En gran número; pero no hay que confundirlos con lo que ustedes apellidan personas decentes, porque yo conozco á muchos que se llaman así y son unos solemnísimos bribones.

MANUEL.

Pues no es tan difícil el distinguirlos.

RAMÓN.

Para mí es un problema. Yo veo que si vive sobre el país alguien que puede sernos útil, decimos de él que es un dignísimo sujeto, que tiene deudas porque ha recibido una educación esmerada y no puede decaer en el concepto público. Pero si pide aquel que nos negó un duro en cierta ocasión para ir á los toros, ese ya no es un necesitado; pasa á la categoría de perdido. Sus deudas ya no son deudas, son trampas.

MANUEL.

Hay algún fondo de verdad.

DIEGO.

Es el evangelio puro.

RAMÓN.

Recuerden ustedes sinó la noche que me sorprendió la policía en aquel garito, adonde me condujo el deseo

de imitar á cierto joven que me habían señalado como modelo de buen tono.

ANTONIO.

¡Ah! Sí, cuando el Inspector prendió á todos los puntos...

RAMÓN.

Menos á mí, por ser hijo del Alcalde de Valdeolea y no querer confundir con la canalla á una persona decente, cuando allí el más canalla era yo; y la prueba es que le dí diez duros por haber faltado á su deber, y al mismo tiempo me felicitaba por haber tropezado con una persona tan decente. Luego persona decente no es más que aquella que hace nuestro gusto, que nos produce un interés, que exprimimos, que explotamos. En suma, no es una virtud que se posee por naturaleza como la honradez, sino un título que se compra como el pito del cuento.

TODOS.

¿Qué cuento?

DIEGO.

¿Qué pito?

RAMÓN.

Pues nada: Un labrador que, al marcharse á la feria, recibió un sin número de encargos de parientes y amigos sin que ninguno de ellos le entregara el importe; por lo cual se limitaba á responder á todos: «Lo tendré presente:» Su nieto fué el único que, al pedirle que le comprara un pito, le dió los dos cuartos que valía. Entonces el abuelo, haciéndole una caricia, le dijo, «Tu pitarás.» Y en efecto, para el mundo no hay más personas decentes que los que pitan.

ESCENA III.

DICHOS y CARMEN.

CARMEN.

Aquí mano sobre mano, y en el salon esperándolos á ustedes para organizar unos lanceros.

DIEGO.

Diríjase usted al elemento joven, encantadora Carmen; yo ya no monto.

MANUEL.

Engolfados en una discusión...

CARMEN.

¿Y Bermúdez?

ANTONIO.

Salió hace un instante acompañado de Lafuente.

DIEGO.

¿Quiere usted que vaya en su busca?

CARMEN.

No urge tanto.

RAMÓN.

¿Y cuándo es la boda?

CARMEN.

¿Qué boda?

RAMÓN.

La vuestra. Todo Madrid asegura que Bermúdez se casa contigo.

ANTONIO.

¿Con mi hermana?

MANUEL.

No se habla de otra cosa.

CARMEN.

¿Quién sabe? (Bromeando.)

ANTONIO.

Flirtation, como dicen los ingleses.

DIEGO.

¿Qué tendría de extraño? Los dos viudos...

MANUEL.

Don Juan un Creso...

RAMÓN.

Y mi prima una irreprochable criatura...

CARMEN.

(Riendo.) Que oye misa todos los domingos.

MANUEL.

Recibe muy bien los lunes.

DIEGO.

Y vuelve locos á los hombres en cualquier día de la semana.

CARMEN.

Basta de este asunto. Murmuremos.

RAMÓN.

¿Pues qué hacíamos?

MANUEL.

Cosquillas en la epidermis.

DIEGO.

A Carmen le gusta desollar al prójimo.

CARMEN.

Es más divertido. Vamos á ver, señor Coronado:

¿Cómo va la candidatura de usted para la diputación á Cortes por el distrito de Valdeolea?

DIEGO.

¡Ah! ¿Me reserva usted la primera tira de pellejo? Pues, señora, de mal en peor. El triunfo es de Antonio.

ANTONIO.

¿Quién sabe? Yo soy un candidato incoloro, independiente, mientras que usted lo es ministerial.

DIEGO.

Pero primerizo, de la clase de tropa. Verdad es que tengo en mi abono el que había usted prometido á los valdeolanos hacer pasar por su comarca un ferrocarril que, por no sé qué exigencias, se llevan ustedes ahora por el distrito limítrofe de Altavilla. Pero vana esperanza. Cuando se tiene un tío alcalde encargado de espumar el puchero, siempre se bebe el sobrino la flor del caldo electoral.

ANTONIO.

Pues, amigo mío; yo no puedo complacerle á usted retirando mi candidatura. Necesito tener en jaque al Gobierno por si no me aprueban el ferrocarril en cuestión.

DIEGO.

Lo aprobarán.

RAMÓN.

¿Cuándo se discute?

MANUEL.

Mañana. Yo apoyo la proposición en el Congreso.

DIEGO.

Esos son negocios.

MANUEL.

Diez por ciento de prima tienen ya las acciones.

DIEGO.

Y aún no se ha votado la ley, ni se ha constituído la sociedad.

RAMÓN.

¿No les parece á ustedes que esas operaciones á descubierto se deben prestar á muchas inmoralidades?

ANTONIO.

Cuando no se trata de personas de arraigo...

MANUEL.

Pero aquí todo el mundo sabe que, aunque el baron de Vicuña da su nombre, el verdadero concesionario de la línea es nuestro amigo Cea.

DIEGO.

Es verdad. Pero figúrese usted que Antonio es un pillo.

TODOS.

¿Qué?

DIEGO.

Hablo en hipótesis para instruir á Ramón con ejemplos prácticos.

TODOS.

¡Ah!

DIEGO.

Pues le encarga á un peón de albañil cualquiera, que le pinte en un papel un estudio de ferrocarril. Emite acciones; calienta el mercado con primas que él mismo paga; y en cuanto los valores suben de veras, vende; luego el ferrocarril no se hace: pero entre tanto ya se ha metido en el bolsillo unos cuantos millones y mientras los accionistas braman, él... pita.

RAMÓN.

Entiendo.

ANTONIO.

Ó va á presidio.

CARMEN Y MANUEL.

Justo.

RAMÓN.

Según. Las leyes son telas de araña en las que se enredan las moscas chicas, pero que rompen las grandes.

DIEGO.

(Con solapada malicia.) Y díganme ustedes: ¿A qué obedece esa modificación en el trazado que se ha introducido á última hora?

ANTONIO.

A que llevándolo por Altavilla se ahorran dos kilómetros de construcción.

CARMEN.

Y resulta una economía en el viaje...

DIEGO.

Inmensa; porque con la velocidad de nuestros trenes, dos kilómetros de ferrocrrril equivalen á una hora en burro. ¡Pero que suerte la de usted, Carmen!

CARMEN.

¿La mía?

DIEGO.

¡Digo! Esos terrenos incultos que al morir le dejó á usted su esposo en Altavilla: apenas si van á adquirir valor cuando los cruce el camino de hierro.

CARMEN.

(Aparte.) Está mordaz.

ANTONIO.

Pero será lo que mejore la Rinconada.

RAMÓN.

(Aparte.) Pues si todo lo que este deja entrever es cierto, tengo unos primos que honran á la familia.

DIEGO.

¿Y está ya terminado el expediente?

ANTONIO.

Solo falta el informe del Alcalde de Valdeolea.

DIEGO.

Pero eso lo manda el tío por telégrafo. De aquí á mañana les será á ustedes fácil conseguir el gobierno de provincia que él pide en cambio para su hijo.

TODOS.

¿Qué?

CARMEN.

Está usted agresivo.

DIEGO.

¿Yo, señora?

RAMÓN.

Si lo que quiere usted suponer es que mi padre vende sus convicciones por un fagín, se equivoca usted muy mucho.

DIEGO.

¡Otro montaraz! No voy á poder abrir la boca.

CARMEN.

Es cierto que solicita esa distinción para mi primo, pero se lleva miras más altas.

ANTONIO.

El deseo de que Ramón brille...

MANUEL.

De que adquiera una posición social en armonía con su fortuna.

DIEGO.

A fin de dar en las narices á Bermúdez que se dejó decir, cuando le pidieron la mano de su hija para Ramón, que él no entregaba á Julia más que á una persona decente. Si lo sé...

ANTONIO.

Pues entonces...

DIEGO.

Es que han coincidido dos ideas. Yo iba á exponer que Ramón quiere á esa muchacha con idolatría.

TODOS.

Si.

DIEGO.

Que ha venido á Madrid con el solo objeto de hacerse digno de ella adquiriendo títulos y honores.

TODOS.

¿Y bien?

DIEGO.

Que el barón de Vicuña acaba de pedirla en matrimonio.

TODOS.

¿Cómo?

CARMEN.

¿Cuándo?

DIEGO.

Esta tarde.

MANUEL.

Pero si el barón está en Inglaterra colocando acciones.

DIEGO.

Pero sus padres los marqueses de Casa-López lo

han hecho en nombre suyo, y la demanda ha sido acogida favorablemente.

TODOS.

¡Ah!

RAMÓN.

¡A mis montañas me vuelvo!

TODOS.

¿Qué?

CARMEN.

Pues no faltaba más. ¿No estoy aquí yo?

ANTONIO.

Aun no ha tenido efecto la boda.

CARMEN.

Te casarás con Julia.

DIEGO.

(Aparte.) Como que si nó, no informa el alcalde y se quedan sin ferrocarril.

CARMEN.

Te he ofrecido mi protección...

MANUEL.

Y Carmen gana siempre las buenas causas.

DIEGO.

Tiene un corazón más grande que una locomotora.

ESCENA IV.

Los mismos y JULIA.

JULIA.

(Dentro.) Cortázar... Cortázar...

TODOS.

Ella.

JULIA.

(Entrando.) ¿No está aquí Ramón?

RAMÓN.

¿Me busca usted?

JULIA.

Sí, para deshacer una duda. ¿No es á usted á quien he concedido estos lanceros?

RAMÓN.

Me ha dispensado usted esa honra.

JULIA.

Almenar pretende que es su turno.

RAMÓN.

No le desatienda usted por mí.

JULIA.

¡Oh! ante todo la justicia.

CARMEN.

Ven, ven acá que te admire. Estás radiante.

ANTONIO.

La emoción.

MANUEL.

El júbilo.

CARMEN.

Parece ser que tienes gratas noticias que comunicarnos.

JULIA.

¡Ah! Sí... Hablemos de otra cosa.

TODOS.

¿Por qué?

JULIA.

Porque estoy tan contenta por otro concepto, que no quiero que nada turbe mi alegría.

CARMEN.

¿Pues cómo?

JULIA.

¿No saben ustedes? Mi padre ha obtenido el indulto de Nicolás.

TODOS.

¿Sí?

JULIA.

Esta noche debe ir á recogerlo á la Presidencia.

CARMEN.

El marido de su nodriza.

ANTONIO.

(A Diego y Ramón que interrogan con la mirada.) Un infeliz acusado, con razón, ó sin ella, del robo que se cometió en este mismo cuarto el día que murió mi padre repentinamente.

DIEGO.

¿Y fué mucho?

ANTONIO.

Quince mil duros en una letra á la que acababa de

poner el recibí para mandar al cobro. En aquel momento entraron á darme la fatal noticia, y, cuando unos días después volví á ocuparme de mis negocios, eché de menos el documento que había sido pagado en debida regla á un sujeto desconocido.

JULIA.

Nicolás es inocente. Había venido á pedirle á usted una colocación.

ANTONIO.

Sí; pero tuvo la desgracia de que los criados recordasen haberle visto en el corredor, y de que sus señas coincidiesen con las del sujeto que cobró la libranza... En fin, ya está indultado del resto de la pena...

JULIA.

Gracias á mi padre. ¡Es tan bueno! ¡Qué alegría para la Dolores y para sus niños cuando le vuelvan á abrazar después de tantos años!

CARMEN.

Figúrate...

JULIA.

¡Hay! ya se me olvidaba. Voy á disuadir á Almenar de su error y espero (á Ramón) que venga usted en mi busca en cuanto preludien. (Vase.)

RAMÓN.

No faltaré. ¡Qué ángel!

ESCENA V.

Los mismos menos JULIA.

ANTONIO.

De tal palo tal astilla.

CARMEN.

La verdad es que no se encuentran dos hombres como Bermúdez.

MANUEL.

Siempre haciendo bien.

CARMEN.

Enjugando lágrimas.

ANTONIO.

Protegiendo al desvalido.

RAMÓN.

Pero aquí no hay más Dios que Don Juan. Todos ustedes están con el incensario á punto para prodigar alabanzas á cuanto hace y á cuanto dice.

ANTONIO.

Porque las merece.

CARMEN.

Ya lo creo.

RAMÓN.

Sentiría herir susceptibilidades pero yo no abundo en la misma opinión.

CARMEN, MANUEL Y ANTONIO.

¿Cómo?

RAMÓN.

A mí me parece un protector de malas causas; y el espíritu recto no transige nunca con el vicio.

MANUEL.

¿Y que malas causas protege?

RAMÓN.

Hace un instante rehabilitaba á un tahur.

CARMEN.

¿A un tahur?

ANTONIO.

Sí... un incidente que nos han contado.

RAMÓN.

Ahora hace indultar á un ladrón.

MANUEL.

De cuya inocencia está convencido.

ANTONIO.

Y aunque así no fuese; la caridad es una virtud.

CARMEN.

Estos puritanos no transigen con nada.

DIEGO.

La verdad es que si no tenemos motivos para vituperarle tampoco los tenemos para ponerle en los cuernos de la luna.

RAMÓN.

El pasado de un individuo es un factor muy importante para el concepto que nos debe merecer su presente.

DIEGO.

Y los antecedentes de Don Juan...

ANTONIO.

Acabe usted la reticencia.

RAMÓN.

A mí me han dicho que ese caballero se marchó á Cuba el ochenta y dos con las manos en los bolsillos.

DIEGO.

Y los bolsillos agujereados y debiendo á todo el mundo.

RAMÓN.

Y cuatro años después vuelve á la Península cargado de millones sin que á nadie se le ocurra preguntar cómo los ha ganado.

CARMEN.

Con su talento.

ANTONIO.

Con su suerte.

MANUEL.

Con su laboriosidad.

DIEGO.

Desengáñense ustedes: esas fortunas colosales no se improvisan.

RAMÓN.

Pero las sanciona el éxito. Y el emigrado por hambre de ayer, es hoy representante del país...

DIEGO.

Jefe de la fracción economista del Congreso...

RAMÓN.

Director de un banco...

DIEGO.

Cuyo puesto me pertenecía por ser el vocal más antiguo del Consejo de Administración...

RAMÓN.

En fin, una potencia.

MANUEL.

Vamos, se ve que Bermúdez no ha pitado para ustedes.

RAMÓN.

O que á vosotros os está dando una serenata.

MANUEL.

¡Dudar de quien es la rectitud andando!

ANTONIO.

¿Qué han visto ustedes en él que no sea decoroso?

DIEGO.

¡Pues á mí me parece que un hombre que empieza por casarse con su criada!...

RAMÓN.

¿Qué?

MANUEL.

¡Calumnia!

ANTONIO.

Eso es falso.

CARMEN.

¡Que baja es la envidia!

DIEGO.

Miren ustedes que me consta.

CARMEN.

Y á nosotros también. No era su criada, era la doncella de su madre.

RAMÓN.

Pues por un punto...

ANTONIO.

Cambia mucho la especie.

DIEGO.

Si, criada lo es cualquiera; doncellas no son todas las que se lo proponen.

RAMÓN.

Pero en fin, de una manera ó de otra lo positivo es que el decoro no sale muy bien librado.

CARMEN.

Nadie establece como principio el que los amos se casen con las fregatrices.

ANTONIO.

Pero cuando se ha comprometido á una pobre criatura...

RAMÓN.

¡Ah! ¿Don Juan?

MANUEL.

Travesuras de jóvenes.

DIEGO.

Gracias de chicos.

RAMÓN.

Muy decoroso también.

CARMEN.

Otro bribón la hubiera abandonado... El prefirió portarse como debía.

RAMÓN.

A ver, á ver, que eso me interesa. Cuando uno contrae un compromiso, debe...

MANUEL.

Reparar su falta.

ANTONIO.

Por todos los medios.

CARMEN.

Cerrando los oídos al qué dirán.

MANUEL.

El honor de una mujer es sagrado.

ANTONIO.

Cualquiera que sea su clase.

CARMEN.

Por modesta que sea su condición.

ANTONIO.

Luego al proceder Bermúdez así, se conquistó un título más á la consideración pública.

MANUEL.

Miró por su propio decoro...

CARMEN.

Y dió un ejemplo que imitar á los que aspiran á llamarse personas decentes.

RAMÓN.

Pues mira, tomo nota de ello.

DIEGO.

Si; porque todos tenemos criadas y sabe Dios lo que puede sucederle á uno ahora que el servicio está tan mal.

CARMEN.

A propósito: (A Ramón.) Tú deberías ser el primero en callarte porque tienes el tejado de vidrio.

RAMÓN.

¿Yo?

CARMEN.

Hoy he tomado por camarera á una muchacha de tu pueblo con quien no sé que veleidades te has permitido.

LOS OTROS.

¡Hola!

CARMEN.

Presumo que nada serio; pero en fin, no te era costal de paja, según sé por los marqueses de Casa-Lopez á cuyo servicio ha estado Leonor hasta ayer.

RAMÓN.

¿Leonor? (Asombrado.)

ANTONIO.

La conoce...

DIEGO.

Y se ha conmovido.

RAMÓN.

Sí, porque me extraña verla reducida á esa condición. Por lo demás, entre nosotros no han mediado sino pasatiempos inocentes.

CARMEN.

Eso es cuenta tuya. Pero sírvate de lección para no tirar piedras al vecino. (Pausa.)

ANTONIO.

¿Has tenido carta de tu padre?

RAMÓN.

Sí. Os manda expresiones.

CARMEN.

¿Nada nuevo en Valdeolea?

RAMÓN.

Lluvias torrenciales. Se han hundido unos terrenos.

MANUEL.

¿Dónde?

RAMÓN.

En el Rebollar; en el límite del partido lindante con el de Altavilla.

ANTONIO.

¿Pero sin consecuencias?

RAMÓN.

La fuente del ciprés se ha cegado con el hundimiento.

MANUEL.

Ya encontrará otra salida.

RAMÓN.

¡Ah! Y la gruta del fraile se ha allanado también, sepultando una gran cantidad de azufre que el polvorista Minguez tenía escondido allí para no pagar derechos.

DIEGO.

Buena ocasión de plantar viñedo encima sin temor á la filoxera.

CARMEN.

¡Ah! los lanceros. (Oyendo el preludio.)

RAMÓN.

Voy al encuentro de Julia.

DIEGO.

Y yo al Real á echar un vistazo. Vuelvo. (Dirigiéndose á la puerta con Ramón.) Y diga usted ¿las lluvias esas no habrán perjudicado al comercio del corcho? Porque tengo entendido que el país está lleno de alcornoques.

RAMÓN.

No. Allí no hay más alcornoques que los que apoyan la candidatura de usted. (Vanse los dos.)

ESCENA VI.

CARMEN, ANTONIO Y MANUEL.

ANTONIO.

¿Sabéis que no las tengo todas conmigo?

CARMEN Y MANUEL.

¿Por qué?

ANTONIO.

Ese hombre sospecha algo.

MANUEL.

¿Don Diego?

ANTONIO.

Sí.

CARMEN.

Es un truhán.

ANTONIO.

Un intrigante capaz de hacernos todo el daño posible.

MANUEL.

Lo que te debe importar. Mañana se vota el ferrocarril.

ANTONIO.

Nos falta aún el informe del ayuntamiento de Valdeolea.

CARMEN.

Y tío Fermín erre que erre en no mandarlo hasta que le den un gobierno á su hijo.

MANUEL.

No he visto alcalde más testarudo.

ANTONIO.

Yo no ceso de escribirle que es cosa hecha; que tú, como diputado ministerial, has obtenido del Gabinete la promesa de que la primera vacante será para Ramón.

MANUEL.

Pero no llega nunca; ni esa ni la de director de un establecimiento termal de importancia, que deseo dar por concurso á mi hermano; metido el pobre en unas aguas que ni para lavarse sirven.

CARMEN.

¿Qué curan?

MANUEL.

Qué sé yo. Nada, como todas, los sabañones en verano.

CARMEN.

¿Y no podrían dejar cesante á un gobernador?

MANUEL.

Lo he pedido; pero en cuanto los gobernadores huelen que se necesita un puesto, ya no hacen ninguna barbaridad.

CARMEN.

Pues ello ha de resolverse por telégrafo de aquí á mañana. Ó el gobierno ó la mano de Julia para Ramón, que es el sueño de su padre.

ANTONIO.

Si se la han concedido ya á Vicuña...

CARMEN.

Precipitaciones de Bermúdez que ambiciona un título para su hija. Yo le disuadiré.

ANTONIO.

Y á la muchacha no le disgusta el mozo.

CARMEN.

Al contrario; pero es tan sumisa... En fin, esta noche daré un asalto decisivo á la plaza. Vosotros moveos por vuestra parte. Á ver si queda todavía algún gobernador que tolere el juego y duro con él.

ANTONIO.

(Á Carmen.) Sin tu exigencia de modificar el trazado todo hubiera ido á pedir de boca.

CARMEN.

Me parece que cada uno está en el caso de mirar por sí. Yo abono por mis tierras de la Rinconada.

ANTONIO.

Es verdad.

CARMEN.

¿Qué más les da á los accionistas perder su dinero por un lado ó por otro?

ANTONIO.

¡Qué cosas dices!

CARMEN.

¿Quién me oye? Tú y Soto que, además de ser el abogado de la casa, es nuestro amigo de la niñez y... ¡Vamos!... ¿Lo digo?

MANUEL.

No sé si es prudente...

ANTONIO.

¿De qué se trata?

CARMEN.

Vale más que lo sepa; después nos tacharía de falta de lealtad. Antonio: Tengo el gusto de presentarte á tu futuro hermano político.

ANTONIO.

¿Qué?

CARMEN.

Que Manuel y yo nos casamos.

ANTONIO.

¿Te chanceas?

CARMEN.

Ya está todo listo.

ANTONIO.

¿Todo?

MANUEL.

Hasta he encargado el aderezo.

ANTONIO.

¡Qué escopetazo! ¿Pues y Bermúdez?

CARMEN.

¿Cómo Bermúdez?

ANTONIO.

El pobre hombre anda ya poco menos que dando parte oficial de su casamiento contigo.

CARMEN.

Pues tanto peor para él si se ha hecho ilusiones.

ANTONIO.

En cuanto á eso, permite...

CARMEN.

¿Qué?

ANTONIO.

No sé si debo...

CARMEN.

Puedes hablar delante de Manuel; está en autos.

ANTONIO.

Tú le has dejado esperar...

MANUEL.

Pues que espere.

CARMEN.

Yo no he hecho más que seguir tus indicaciones. Estar muy amable con él y atraerle con halagos, para que los treinta economistas que capitanea en el Congreso voten mañana nuestro ferrocarril. Pero de eso á seguirle en toda la línea... ¡Quiá! En llegando á la Rinconada: «Señores viajeros, cambio de tren.»

ANTONIO.

Si Bermúdez sospecha...

MANUEL.

En cuanto á eso, descuida.

CARMEN.

Todos estamos interesados en guardar silencio hasta que pase la locomotora.

ANTONIO.

Recordad que no tenemos más que veinticuatro votos de mayoría contando con su grupo.

MANUEL.

Tranquilízate.

ANTONIO.

Además; el banco que dirige es tenedor de tres letras por una suma de cuarenta y cinco mil duros que debo retirar pasado mañana, y para cuyo pago no cuento más que con el crédito que ha prometido abrirme la sociedad. Si fueran á negármelo...

CARMEN.

No tengas miedo, hombre, no tengas miedo. Votará Bermúdez y no una sino varias veces. La primera en el Parlamento y las demás de rabia.

ANTONIO.

Estoy aturdido.

CARMEN.

¡Ellos! Dejadnos solos. (Viendo entrar á Julia apoyada en el brazo de Ramón.)

ESCENA VII.

DICHOS, JULIA y RAMÓN.

RAMÓN.

Tampoco está aquí.

JULIA.

(A Carmen.) ¿No has visto á mi padre?

CARMEN.

No ha vuelto aún. (A Manuel y Antonio.) ¿Por qué no vais en su busca?

JULIA.

No urge.

ANTONIO.

Está usted impaciente y se explica. ¿Vienes?

MANUEL.

Sí.

CARMEN.

Tú quédate, Ramón. Tenemos que hablar los tres.

JULIA.

¿Los tres?

RAMON.

(Aparte.) Tiemblo como la hoja en el árbol.

ESCENA VIII.

CARMEN, JULIA y RAMÓN.

CARMEN.

Sí señor, y muy seriamente. Vamos á ver. ¿Es cierto que Vicuña te ha pedido en matrimonio?

JULIA.

Sí.

CARMEN.

Y la verdad: ¿tú le quieres?

JULIA.

¡Qué preguntas me haces!

CARMEN.

No eludas la contestación.

RAMÓN.

Acaso mi presencia...

CARMEN.

Tu presencia es justamente lo que ha de garantizarme tu sinceridad.

JULIA.

Pues... no sé. Yo no tengo más voluntad que la de mi padre.

CARMEN.

Sí; pero tu padre no es quien se casa. Y un vínculo de esa naturaleza no se contrae sin estar muy persuadido de que el corazón no le repugna. ¿Qué te dice el tuyo?

JULIA.

El mío calla.

CARMEN.

Conclusión: No lo puedes ver ni pintado.

JULIA.

¿Qué?

CARMEN.

No me extraña; es un joven de vida licenciosa, sin ningún atractivo.

JULIA.

No dice eso mi padre, le tiene por un hombre muy recto.

CARMEN.

Recto sí; parece que se ha tragado un huso. En fin, hay que romper esa boda.

JULIA.

Tú sueñas. Cuando se ha empeñado una palabra...

CARMEN.

La palabra es humo.

JULIA.

A menos de un motivo muy grave...

CARMEN.

¿Si no te lo parece el que existe?

JULIA.

¿Cuál?

CARMEN.

Que no nos conviene.

LOS OTROS.

¿Cómo?

CARMEN.

Bajo el punto de vista de tu felicidad. Tú no tienes

madre y debes oir mis consejos, pues te consta que son tan leales como desinteresados.

JULIA.

No insistas.

CARMEN.

¡Pues no he de insistir! Yo no quiero que seas desgraciada, ni que hagas desgraciados á otros.

JULIA.

¿Yo?

CARMEN.

Ramón te adora.

RAMÓN.

Carmen.

CARMEN.

Ya sé que no te digo nada nuevo; pero lo que tú ignoras es que sientes también por él una profunda simpatía de que aún no has podido darte cuenta.

RAMÓN.

Te agradezco la buena intención, pero te haces ilusiones.

JULIA.

Aprecio á Cortázar en cuanto vale; soy la primera en reconocer sus méritos nada comunes...

CARMEN.

Y tienes clavada en el corazón la ofensa que le hizo tu padre al pedirle tu mano.

JULIA.

¡Ah!

CARMEN.

Una injusticia no se olvida nunca y es muchas veces la puerta por donde se introduce el afecto. ¡Contestarle

que él no daba su hija más que á un hombre de posición, á una persona decente!... ¿Qué entenderá por persona decente el buen señor?

RAMÓN.

¿A qué recordar ahora?...

CARMEN.

Como familia, primo nuestro y no digo más. Como circunstancias personales, treinta y cinco años y todo un mozo...

RAMÓN.

Por Dios, calla.

CARMEN.

Fortuna sólida; y en tierras, que no se las lleva el viento.

JULIA.

Si ya sé...

CARMEN.

Luego abogado; sin ejercicio, que es como únicamente comprendo yo la abogacía. ¿Que le faltan ciertos perfiles? Sandeces, monadas. ¿No tiene ya los gordos? Y en último resultado para eso ha venido á Madrid; y, en cuatro meses que lleva entre nosotros, ya está abocado á ser gobernador... y llegará á ministro.

RAMÓN.

No haga usted caso de lo que un celo excesivo le impulsa á decir á mi prima. Yo no he abandonado mis montañas sino porque me impedían verla á usted; á usted á quien amo con un respetuoso culto impropio al parecer, de mi tosca condición.

CARMEN.

¿Oh? ¿Tosca?

JULIA.

Es usted injusto. La energía, lejos de ser un defecto es una cualidad en el hombre.

CARMEN.

El refinamiento de la educación es un privilegio de la mujer.

JULIA.

Y yo creo que del contraste surge el amor.

RAMÓN.

Eso me decía yo, allá, en mis riscos, contemplando la naturaleza en la que cada sexo tiene su carácter. Todo lo que es femenino está impregnado de un espíritu de delicadeza, de un aroma de poesía, de una esencia de sentimiento que, con la dureza de lo que es viril, completan la obra. Así, por ejemplo: El sol, macho, constituye el día: ruido, trabajo, movimiento. La luna, hembra, trae consigo la noche: melancolía, calma, inacción. El suelo, hombre, fecundiza porque es germen. La tierra, mujer, fructifica porque es semilla. Entrelazados crecen los abrojos y las flores: ásperos y rudos los unos, como quien ejerce una misión de defensa; perfumadas y sonrientes las otras, como quien agradece la protección dispensada á su debilidad. En suma, todo lo que es *él* entraña entendimiento, esfuerzo y valor. Para llamarse *ella* hay que ser pureza, gracia, virtud. Y así la amaba yo á usted y aspiraba á ser amado por la ley del contraste; pero, vana ilusión; yo no he nacido para usted. Usted necesita una flor de estufa, y yo... yo no soy más que un pobre cardo silvestre.

JULIA.

Me juzga usted mal si cree que yo me pago de artificios y exterioridades.

CARMEN.

¿Quién? ¿Julia? ¿Lo más sencillo?...

JULIA.

Si viera usted cuánto echo de menos aquellas épocas de escasez... Porque yo no he estado siempre en la opulencia.

CARMEN.

La pobre ha pasado una niñez muy dura.

JULIA.

Y, sin embargo, era tan feliz... Todo el bienestar que hoy me rodea, no vale la satisfacción que yo experimentaba cuando después de muchas privaciones y merced á una economía por aquí y una sisa por allá, llegaba el cumpleaños de mi padre y le ponía debajo de la servilleta un regalo sin valor alguno, pero que él recibía llenándome de besos y de lágrimas. Hoy como todo me sobra, como cuando doy, doy lo superfluo, se me besa con tibieza, porque es claro, me agradecen la atención; no me pagan el sacrificio.

RAMÓN.

¡Qué nobleza de alma!

CARMEN.

Dos naturalezas que se ajustan tan perfectamente no pueden estar desunidas. Hay que romper con el barón.

JULIA.

Ya te he dicho que por nada del mundo hago yo que mi padre falte á su palabra.

CARMEN.

Yo hablaré con él. Es preciso terminar el asunto esta misma noche.

RAMÓN.

¡Qué tenacidad!

CARMEN.

El ferrocarril no tiene espera.

LOS OTROS.

¿Qué?

CARMEN.

Quiero decir, el correo para Londres. Porque los

marqueses no habrán tenido tiempo de prevenir hoy á su hijo, y hay que desengañarles antes de que le den la noticia por el tren de mañana. (Aparte.) No sueño más que con ténders y vagones. (Alto.) Con que cosa decidida... ¿eh?

JULIA.

(A Ramón levantándose.) A usted me dirijo porque con Carmen no hay modo de entenderse. Cuente usted con mi amistad, con mi gratitud, con mi afecto; pero abandone usted toda esperanza.

RAMÓN.

¿No me deja usted ninguna?

JULIA.

Ninguna. Lo que mi padre ha prometido tiene que cumplirse. (Vase.)

ESCENA IX.

CARMEN y RAMÓN.

RAMÓN.

Todo acabó para mí.

CARMEN.

Se verá. Aún me queda el recurso de reducir á Bermúdez; y lo que es ese, á pesar de su testarudez, ha de pasar por el ojo de una aguja.

RAMÓN.

Te prohibo que des ni un paso más.

CARMEN.

Yo quemo hasta mi último cartucho.

RAMÓN.

Y yo no mendigo lo que tengo la convicción de merecer.

CARMEN.

No será por lo que haces. ¡Cuatro meses ahí tocando la mandolina; esperando á que te llueva el maná sin hacer nada por herirla en su amor propio; sin ocurrírsete siquiera el medio vulgar, pero seguro de darle celos con otra!

RAMÓN.

¿Yo? ¿Con quién?

CARMEN.

Con cualquiera. Conmigo, ó con la criada; cuanto peor mejor... ¡Ah! ¡Qué gran recurso! ¡Leonor!...

RAMÓN.

¿Cómo?

CARMEN.

A estas horas ya conocen todos vuestra aventura, por Don Diego.

RAMÓN.

Pero ¿qué pretendes?

CARMEN.

Que Julia te vea amable con ella; que os suponga en correspondencia recíproca; que exista una causa para que su afecto estalle en indignación.

RAMÓN.

¿Estás loca?

CARMEN.

Voy á mandártela aquí con cualquier pretexto.

RAMÓN.

Repara...

CARMEN.

¿Qué sabes tú? Déjame á mí. Ponte muy en evidencia... (Aparte.) ¡Jesús, qué año este de gobernadores! No haber salido ninguno huero. (Vase.)

ESCENA X.

RAMÓN: á poco LEONOR con un paquete de bujías, para renovar las de las mesas de juego.

RAMÓN.

Julia tiene razón. Existe un compromiso y un compromiso es sagrado. La culpa es mía en forjarme ilusiones creyendo poder aspirar á lo que no se ha hecho para mí. Pero es muy duro tener que romper uno mismo lo que con tanto empeño ha edificado. En fin, paciencia. Ahora póngase usted á bailar. ¡Eh! Leonor. (Reconociéndola al volverse.)

LEONOR.

¡Como! ¿Usted?

RAMÓN.

Pero que es esto. ¿Tú en Madrid?

LEONOR.

¡Ay! Sí señor. ¿No lo sabía usted?

RAMÓN.

No.

LEONOR.

Verdad es que usted salió del pueblo al día siguiente. ¿No se lo ha escrito á usted su padre?

RAMÓN.

Tampoco.

LEONOR.

Pues aquí me tiene usted. Desde entonces... (Gimoteando.)

RAMÓN.

¿Pero sola?

LEONOR.

Y tan sola. Aquí he venido á ganarme el pan sirviendo de camarera.

RAMÓN.

¿Pues y tus padres?

LEONOR.

Se han desentendido de mí... Me han echado de casa... (Llorando.)

RAMÓN.

¡Jesús!

LEONOR.

Como á un perro. Por culpa de usted.

RAMÓN.

Poco á poco.

LEONOR.

No trate usted de disculparse.

RAMÓN.

Creo que tú también...

LEONOR.

Sí señor, hice mal en dar oídos á un hombre superior á mi clase.

RAMÓN.

Por eso no...

LEONOR.

Pero entonces aún no le había trastornado á usted el juicio ninguna madrileña.

RAMÓN.

¡Ah!

LEONOR.

Me figuré que venía usted con buen fin... Le tenía á usted por una persona tan decente...

RAMÓN.

Quien te oiga creerá que yo he hecho alguna infamia contigo.

LEONOR.

¡Ah! No, siempre ha sido usted respetuoso.

RAMÓN.

Entonces...

LEONOR.

Pero aquella cita de usted en el jardín de su casa la víspera de su viaje... Por la noche...

RAMÓN.

Porque durante el día no nos era posible hablar sin testigos, y yo deseaba darte instrucciones...

LEONOR.

Bien caras me han costado.

RAMÓN.

Yo no podía sospechar que mi padre estuviese aún despierto.

LEONOR.

Sin embargo; bien sabía usted que vivía alerta, porque era época de elecciones y los del partido opuesto le habían amenazado con asesinarle.

RAMÓN.

También tu desmayo fué tan poco oportuno...

LEONOR.

¿Y qué quería usted que hiciese al ver aparecer á

Don Fermín en la galería dándome el alto y descerrajándome dos tiros?

RAMÓN.

Al aire.

LEONOR.

Pero acudió todo el pueblo; nos encontraron allí juntitos...

RAMÓN.

Y sabe Dios lo que pensarían.

LEONOR.

Ya se lo puede usted imaginar. El resultado es que estoy perdida para siempre. (Llorando.)

RAMÓN.

¡Leonor!

LEONOR.

¿Quién ha de querer casarse conmigo?

RAMÓN.

(Aparte.) Es verdad. He comprometido su honra.

LEONOR.

Una persona decente señalada con el dedo como una cualquier cosa.

RAMÓN.

(Aparte.) Es duro.

LEONOR.

Porque no hay que pensar que usted se apiade de mí.

RAMÓN.

¡Mujer!... Yo no sabía...

LEONOR.

Un caballero que quiere ser gobernador.

RAMÓN.

¿Y tú por qué acudiste á la cita?

LEONOR.

Así, insúlteme usted; como todos. Buen trabajo le costó á usted el que acudiera. Pero es claro; entonces no le tenía á usted sorbido el seso como hoy la señorita Julia.

RAMÓN.

¿Y por quién estás tú enterada?

LEONOR.

Por los padres de su novio; por los marqueses de Casa-López, en cuya casa he estado sirviendo hasta ayer que entré aquí porque no me pagaban.

RAMÓN.

¡Ah!

LEONOR.

Y además... el señorito me perseguía.

RAMÓN.

¿El barón?

LEONOR.

Pero sobre todo me daba tanta pena el oir cómo se burlaban de usted...

RAMÓN.

¿De mí?

LEONOR.

A todas horas. Le llamaban á usted el gobernador de Josafat.

RAMÓN.

¿De Josafat?

LEONOR.

Porque dicen que no lo será usted hasta el día del juicio.

RAMÓN.

¿Me ridiculizan?

LEONOR.

Principalmente en la cuestión de amores. Pero este es el mundo. Usted loco por una mujer que ni le hace caso siquiera; y la que lo ha sacrificado todo por usted, la única que tiene derecho á su consideración, la que le ha querido siempre, esa tratada como una cualquiera. (Llorando.)

RAMÓN.

Tiene razón. (Aparte.)

LEONOR.

Pero aunque haya barandilla en el viaducto...

RAMÓN.

¡Leonor! (Queriendo tomarla una mano.)

LEONOR.

No me toque usted. (Rechazándole.)

ESCENA XI.

DICHOS y DIEGO, que se queda observando desde la puerta.

DIEGO.

(Aparte.) ¡Hola! ¡Hola! ¡Que metidos en harina! Es noche de sorpresas.

LEONOR.

Para mí es usted un hombre sin decoro.

DIEGO.

(Aparte.) Pues ella tira al bulto. Y es mucho más guapa que mi mujer.

RAMÓN.

(Aparte.) La verdad es que soy un canalla. Mientras

que estoy haciendo reir á las gentes, dejo que otros más dignos lloren por culpa mía. Leonor. (Alto repitiendo el juego.)

LEONOR.

¿Vuelta?

DIEGO.

(Aparte.) Lástima que no haya público. ¡Como nos reiríamos! ¡Ah! ¡Bermúdez! (Viéndole llegar y yendo á su encuentro.)

RAMÓN.

Oye.

LEONOR.

Llega gente.

RAMÓN.

Hablaremos.

LEONOR.

(Alto con dignidad.) ¡Nunca! Usted ha concluido para mí. (Vase.)

RAMÓN.

Oye... una palabra... Leonor. (Se vá tras ella.)

ESCENA XII.

DIEGO y JUAN. Aquel al entrar deja su sombrero sobre una silla del foro.

DIEGO.

Se ha perdido usted una escena cómica. El inflexible Ramón pelando la pava con la camarera que entre paréntesis, es como unas peladillas.

JUAN.

¿Y á mí qué...?

DIEGO.

(Aparte.) ¡Qué imprudencia! Había dado al olvido que Bermúdez, en cuestión de pavas de esta índole, no solo las pela sino que se las come.

JUAN.

Recuerde usted que mañana á las diez tenemos junta de gobierno en el Banco Mercantil.

DIEGO.

¿De qué se trata?

JUAN.

De ese crédito de cuarenta y cinco mil duros que solicita Antonio.

DIEGO.

Y á cuya concesión me opondré con todas mis fuerzas.

JUAN.

Decididamente se ha propuesto usted inhabilitarle. ¡Qué afán de ser diputado!

DIEGO.

Como usted ya lo es...

JUAN.

Lleva usted muy lejos el antagonismo de su candidatura.

DIEGO.

No tanto como usted la candidez de su credulidad.

JUAN.

No entiendo...

DIEGO.

Juguemos á cartas vistas. Usted está perdidamente enamorado de Carmen.

JUAN.

¿Yo?

DIEGO.

Si empieza usted por negar lo que sabe todo el mundo, no vayamos más lejos.

JUAN.

Bien. ¿Y qué?

DIEGO.

Que usted no ve por más ojos que por los de la viudita, y le están explotando á usted de una manera escandalosa.

JUAN.

¿Quién?

DIEGO.

Cea y su hermana.

JUAN.

(Levantándose.) Poco á poco; son mis amigos y no tolero...

DIEGO.

(Idem.) Usted se figura estar subiendo las gradas del altar con ella, y Carmen tiene ya concertada su boda con otro.

JUAN.

¡Imposible! ¿Con quién?

DIEGO.

Con Manuel.

JUAN.

¿Con Soto? Calumnia. Tanta ficción sería insostenible; se hubieran ya vendido.

DIEGO.

Arriesgan mucho en la jugada para no precaverse. Ya arrojarán la careta así que, votado el ferrocarril, se vean libres de una ruina, que nadie trasluce, pero que

nosotros venimos olfateando hace tiempo con el apéndice nasal de la cuenta corriente.

JUAN.

¡Las pruebas; las pruebas! Porque supongo que no se estará usted permitiendo una acusación gratuita.

DIEGO.

Líbreme Dios. Pues como todos los grandes descubrimientos, el mío es debido á la casualidad; á una pulsera con que pienso alegrarme, oficialmente por supuesto, de que mi mujer cumpla cincuenta y dos años el mes que viene.

JUAN.

Pero...

DIEGO.

Ya voy. Es que detrás de la pulsera hay un joyero que estaba en el Real hace media hora delante de mi butaca, y al hacerme cómplice, digo confidente de mi júbilo conyugal, me ha dicho: «Si quiere usted una cosa de gusto, encárgueme usted un brazalete como el que Don Manuel Soto ha elegido para su futura, la encantadora Carmen Cea.»

JUAN.

¿Pero está usted seguro de ello?

DIEGO.

Esa misma ha sido mi pregunta; á la que él poniéndose la mano en la boca, ha contestado; «Perdone usted mi indiscreción; me habían recomendado el secreto; guárdemele usted.» Y efectivamente, no se lo diré á nadie; pero á usted no puedo ocultárselo, porque, como persona decente, mi deber es desenmascarar á la hipocresía y tenderle una mano á la amistad.

JUAN.

Gracias, gracias. ¡Qué desleales!

DIEGO.

Ahora nada de arrebatos... Usted tiene el carácter impetuoso...

JUAN.

Procuraré dominarme.

DIEGO.

Por supuesto que merecen cualquier cosa; pero hoy calma. Mañana se viene usted conmigo á ver la pulsera y adquirimos más amplios informes.

JUAN.

Sí.

DIEGO.

Iremos antes de la sesión del Congreso. (Aparte.) Será el vermouth para abrirle la gana de votar en contra.

JUAN.

¡Infames!

DIEGO.

Vienen; prudencia. (Aparte.) Cerró el bolsín con alza en mi candidatura.

ESCENA XIII.

DICHOS, CARMEN, RAMÓN, ANTONIO y MANUEL, que entran precipitadamente.

RAMÓN.

No os empeñéis...

CARMEN.

Pues no faltaba más.

MANUEL.

Dos palabras al ministerio y salimos de dudas.

ANTONIO.

Siéntate aquí y escribe. (Abriendo con llave la papelera. Manuel se sienta á escribir.)

RAMÓN.

Es inútil. Desisto de todo.

CARMEN.

Tú te callas. Recomienda bien lo de la identificación de la persona. (A Manuel.)

DIEGO.

¿Ocurre algo?

ANTONIO.

Nos han venido á decir que acaban de matar de un tiro á un caballero en la puerta del Sol.

DIEGO.

¿Alguna persona conocida?

ANTONIO.

No sabemos.

DIEGO.

Como se interesan ustedes tanto.

CARMEN.

¿Y por qué nó? ¡Pobrecito! Suponen que es un gobernador que estaba en Madrid en uso de licencia.

DIEGO.

¡Ah! Entonces muy bien hecho.

JUAN.

(Aparte.) ¡Cuánta maldad!

MANUEL.

Dí. ¿Esta arenilla es fósil? (Sacando el más inmediato al borde de la mesa de los cuatro cubiletes que hay empotrados á los lados del pupitre, y viendo que la arena no cae. Todos ellos tienen la boca atravesada por una barra para poder extraerlos con facilidad.)

ANTONIO.

Nadie la ha usado desde que mi padre vivía. Ahí tienes papel secante.

MANUEL.

Deja. Ya está. (Metiendo el dedo en el cubilete para remover la arenilla que echa sobre la carta.)

DIEGO.

¡Qué salvadera tan rara! Sin agujeros.

ANTONIO.

Sí; un cubilete, como las demás piezas. (Enseñándolas.)

DIEGO.

Es verdad; el tintero también. Y todo empotrado en el pupitre.

ANTONIO.

Para que no le estorbase al escribir.

CARMEN.

El pobre papá era muy práctico.

MANUEL.

Pero oye. ¿Es que tú guardas aquí tu dinero?

ANTONIO.

¿Por qué?

MANUEL.

¿Qué moneda es esta? (Enseñando un objeto que se encuentra en la arenilla y acabando de poner el sobre á la carta que entrega á Antonio.)

ANTONIO.

¿A ver? Un botón.

DIEGO.

Sí un gemelo de camisa.

CARMEN.

Es decir, la cabeza sola. Y tiene una inscripción grabada al dorso.

ANTONIO.

Una fecha. (Leyendo.) Quince de Julio de mil ochocientos ochenta y dos. ¡Cosa más particular!

DIEGO.

¿Es de oro?

CARMEN.

Parece. (El botón pasa de mano en mano.)

RAMÓN.

Vaya si lo es; y con la marca del joyero con quien pasé yo el aprendizaje, cuando mi padre se empeñó en que tomara un oficio.

JUAN.

Algún recuerdo del difunto.

CARMEN.

El no usó nunca gemelos.

DIEGO.

Y el machón parece como que está cortado.

ANTONIO.

¿Saben ustedes, señores, que creo hallarme sobre la pista de un delito?

TODOS.

¿Cómo?

ANTONIO.

Este objeto ha debido pertenecer al individuo que me sustrajo la letra.

TODOS.

¿Sí?

DIEGO.

¿A Nicolás?

ANTONIO.

Ahora creo más que nunca en la inocencia de ese pobre hombre.

JUAN.

¿Pero en qué se funda usted?...

ANTONIO.

Esta fecha coincide con cuatro días de anterioridad con la del robo.

TODOS.

¿Y bien?

ANTONIO.

Yo me dejé abierto el pupitre con la llave dentro según mi costumbre; y cuando volví me lo encontré cerrado.

TODOS.

¡Ah!

ANTONIO.

Esto no pudo hacerlo más que el ladrón impremeditadamente. Ahora fíjense ustedes en este detalle: La papelera cierra de golpe (Demostrándolo prácticamente y volviendo á abrirla.)

TODOS.

Es verdad.

DIEGO.

Como una guillotina.

CARMEN.

¡Ah! Sí. Y al caer la tapa le cogió el gemelo.

TODOS.

Cabal.

ANTONIO.

En su fuga precipitada, su primer cuidado fué sin duda el desasirse...

DIEGO.

Rompiendo por todo.

ANTONIO.

Justo. Y de ahí que el espigón esté cortado.

JUAN.

Pero se hubiera quedado á la vista.

RAMÓN.

Pudo muy bien rodar hasta el cubilete.

ANTONIO.

Y hundirse con los golpes del formón para abrir el mueble.

TODOS.

Si.

MANUEL.

Pues convendrá averiguar...

RAMÓN.

Trae, trae el botón. Yo me encargo de inquirir del platero... (Tomando el gemelo que todos vuelven á examinar.)

DIEGO.

No es una joya; pero de todos modos tiene bastante valor para colegirse que no ha pertenecido á Nicolás.

TODOS.

¡Quiá!

CARMEN.

Ese ladrón es una persona decente.

RAMÓN.

Pues por lo mismo...

MANUEL.

Hay que hacer un escarmiento.

ANTONIO.

Yo le juro sentarle la mano.

JUAN.

Duro con los bandidos de levita.

DIEGO.

¡Cómo está el mundo!

TODOS.

¡Perdido!

ESCENA XIV.

DICHOS y JULIA.

JULIA.

¿Qué miran ustedes con tanto empeño?

TODOS.

Un gem...

JUAN.

(Yendo al encuentro de su hija y dándole un pliego.) Toma. El indulto de Nicolás.

JULIA.

¡Ay! Que alegría. Mañana en cuanto amanezca se lo llevo á Dolores.

JUAN.

¿Mañana? Ahora mismo; las buenas noticias no se difieren.

JULIA.

Dices bien.

JUAN.

Ponte el abrigo y vámonos.

CARMEN.

¿Nos dejan ustedes?

JUAN.

El egoismo debe ceder el paso á la caridad.

JULIA.

Adiós, Carmen. (Besándola.)

CARMEN.

Te acompaño. (Vanse las dos y tras ellas seguidamente los demás personajes.)

JUAN.

Señores.

ANTONIO.

Salgo con ustedes. Voy á dar curso á esta carta.

MANUEL.

Y yo al Real á pedir noticias de lo del gobernador.

DIEGO.

Iremos juntos. Me interesa saber si es un señor que me debe tres mil pesetas de habanos y de Burdeos.

ESCENA XV.

RAMÓN; á poco LEONOR; después DIEGO.

RAMÓN.

Ni una mirada; ni un gesto de compasión. ¿Y aún dudo?

LEONOR.

¡Ah! ¡Estaban aquí! (Tomando el paquete de bujías que antes sacó.)

RAMÓN.

Leonor. (Resueltamente tomándole la mano.)

LEONOR.

Y dale.

DIEGO.

(Apareciendo.) ¿Dónde he dejado mi sombrero? (Tomándole de la silla y reparando en ellos.) ¡Tate! Pues estos no pierden ripio.

RAMÓN.

Yo soy un hombre de honor.

LEONOR.

Valiente pillo está usted.

DIEGO.

Esto es soberano. ¡Ah! Los otros. Vengan ustedes; vengan ustedes. (Viéndoles llegar y haciéndoles señas.)

RAMÓN.

Acabemos. Dispón las cosas.

LEONOR.

¿Para qué?

RAMÓN.

Para casarnos.

LEONOR.

¿Para casarnos? ¿Usted y yo? Bendito seas. (Cayendo en sus brazos como desvanecida.)

ESCENA XVI.

DICHOS, ANTONIO, CARMEN, MANUEL, JULIA y JUAN. Los tres últimos con los abrigos puestos.

TODOS.

¡Bravo! (Soltando la carcajada.)

LEONOR.

¡Ah! (Incorporándose de repente y echando á correr.)

JULIA.

(Aparte.) ¡Y yo le amaba!

RAMÓN.

¡Y qué! Como Bermúdez.

TODOS.

¡Oh! (Cesando de reir.)

RAMÓN.

Yo también quiero ser persona decente.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete en casa de Antonio.

ESCENA I.

ANTONIO y MANUEL á poco DIEGO.

MANUEL.

Una hora más y el problema está resuelto.

ANTONIO.

Me devora la impaciencia.

MANUEL.

Lo colijo: te juegas el todo por el todo; pero no hay duda posible.

ANTONIO.

Creo contar con el éxito.

MANUEL.

Yo te lo aseguro.

ANTONIO.

El éxito; el Dios del día.

MANUEL.

Hoy no se le pregunta á nadie de donde viene, sino cuánto trae.

DIEGO.

¿No distraigo á ustedes de alguna grave ocupación?

ANTONIO.

Nada de eso. Señor Coronado; adelante.

MANUEL.

Si desea usted hablar secretamente con Antonio...

DIEGO.

Al contrario: me trae un asunto financiero de que usted, como abogado de la casa, debe enterarse también.

ANTONIO.

Usted dirá. (Se sientan.)

DIEGO.

Pues amigo mío, figúrese usted que al verme entrar ha visto usted entrar á un mochuelo.

LOS OTROS.

¿Cómo?

DIEGO.

Soy portador de malas nuevas.

ANTONIO.

¡Qué! ¿El Banco?

DIEGO.

Sí señor; no le concede á usted el crédito que solicitaba. (Aparte.) Sacúdete esa banderilla.

MANUEL.

Es inconcebible.

ANTONIO.

¿Se pone en duda mi firma?

DIEGO.

De ningún modo; goza usted del mismo prestigio.

ANTONIO.

Pues entonces...?

DIEGO.

Se teme que al prestar el dinero al concesionario real del ferrocarril, se patrocinen de una manera indirecta las operaciones á descubierto que se están llevando á cabo con las acciones.

LOS OTROS.

¡Ah!

DIEGO.

Así al menos se desprende de la discusión.

ANTONIO.

(Con intención.) ¿Y opina del mismo modo el consejo en masa?

DIEGO.

No: los pareceres estaban divididos, si bien todos contestes en que la respetabilidad de la casa Cea es indiscutible.

MANUEL.

El resultado no obstante...

DIEGO.

No ha habido más que un voto en contra.

ANTONIO.

¡Ah! ¿Uno solo?

DIEGO.

Pero como según los estatutos, para esta clase de operaciones se necesita la unanimidad...

ANTONIO.

¿Y no podría usted indicarnos quién ha sido el disidente?

DIEGO.

La votación es secreta.

MANUEL.

Algún amigo.

DIEGO.

Tal vez, porque como dice el refrán: «Entre amigos, un escribano y dos testigos.» Pero nunca ninguno de los que nos honramos con su intimidad.

ANTONIO.

Acaso no fuera difícil señalarlo con el dedo.

DIEGO.

¡Oh! Ya se sabrá. (Levantándose.) Van ustedes á permitirme que los deje.

ANTONIO.

Tan pronto.

DIEGO.

No he venido más que á enterar á usted á fin de que pueda tomar sus precauciones.

ANTONIO.

¡Qué amable!

MANUEL.

La flecha del Partho.

DIEGO.

¿La fecha del parto? ¿Cuál?

MANUEL.

Nada: historia antigua.

DIEGO.

No es mi fuerte. Nunca me ha gustado saber vidas ajenas. Y adiós que me está esperando Bermúdez.

ANTONIO.

¿Para ir al Congreso?

DIEGO.

Sí.

MANUEL.

Aún no es la hora.

DIEGO.

Y ayudarme de paso á elegir un objeto que trato de regalar á mi mujer. Tiene tan buen gusto Don Juan...

ANTONIO.

Conque... gracias por todo.

DIEGO.

No las merece. Sabe usted que cuanto de mí dependa... ¡Ah! Excuso encarecer á usted mi sentimiento...

ANTONIO.

Me consta...

DIEGO.

(Aparte.) Ahora el cachete. A casa del joyero. (Vase.)

ESCENA II.

ANTONIO y MANUEL.

ANTONIO.

El voto en contra es suyo.

MANUEL.

Por supuesto.

ANTONIO.

Sospecha la difícil situación en que me hallo, y quiere llevarme á la ruina.

MANUEL.

Para imposibilitar tu candidatura.

ANTONIO.

No lo conseguirá. Le había prometido á Bermúdez, que se interesa por él, retirarla en cuanto me aprobasen el ferrocarril; pero después de su felonía la he de mantener con más tesón que nunca.

MANUEL.

¿Y cómo vas á hacer frente á este contratiempo? Pasado mañana te vencen tres letras...

ANTONIO.

Se pagarán.

MANUEL.

¿Tienes fondos?

ANTONIO.

Ni un céntimo.

MANUEL.

Tú no puedes llamar á las puertas de otro Banco sin desacreditarte y exponerte á una nueva negativa.

ANTONIO.

Cuento con la credulidad de los especuladores. La votación de hoy ha de producir un alza considerable. Véndeme al contado, por conducto de nuestros agentes, por valor de cuarenta y cinco mil duros.

MANUEL.

Habrá baja con la oferta.

ANTONIO.

No; porque yo compraré por doble cantidad á plazo

y con mayor prima. Así adquiero fondos y avivo el entusiasmo.

MANUEL.

Sí; hay que ganar tiempo.

ANTONIO.

Es cuestión de horas.

ESCENA III.

DICHOS y CARMEN.

CARMEN.

¡Como! ¿Todavía con esta calma y la sesión á punto de empezar?

ANTONIO.

No te apures; hay muchas preguntas que hacer y un sinnúmero de ruegos que dirigir antes de entrar en el orden del día.

CARMEN.

Sin embargo; conviene no dormirse. Urge ver si cada cual está en su puesto; recontar los votos...

MANUEL.

Todo se andará.

CARMEN.

¿Ha mandado tío Fermín su informe favorable? Es decir, ¿el de su Ayuntamiento?

ANTONIO.

Por despacho telegráfico.

MANUEL.

En cuanto recibió mi telegrama anunciándole que

habían nombrado á su hijo para un gobierno de provincia.

ANTONIO.

¡Ah! Te advierto que Ramón aún no lo sabe.

MANUEL.

Ni conviene decírselo hasta que todo esté terminado.

CARMEN.

Lo supongo. Se hubiera opuesto. Como no quiere ser ya nada desde que esa chiquilla le ha desahuciado...

MANUEL.

Pues lo que es salvaje lo será á pesar suyo.

ANTONIO.

¡Cuidado si fué embestida la de anoche!

MANUEL.

¿Y se casa ó no se casa con la doncella?

CARMEN.

No sé; no he vuelto á verle; pero presumo que son celos que por indicación mía, ha querido darle á Julia.

ANTONIO.

¡Ah! ¿Tú le aconsejaste?...

CARMEN.

Sí, cuando tenía empeño en su matrimonio; pero ahora ya ni entro ni salgo. Que cargue con la criada si tal es su gusto. Hay asesinatos que parecen providenciales.

LOS OTROS.

¡Mujer!

CARMEN.

No; no es que yo me regocije de la desgracia del prójimo. Pero convengamos en que si la muerte nece-

sitaba una víctima, ha andado oportuna no contentándose con un hombre y yendo á elegir á un gobernador.

ANTONIO.

¿Y el agresor se sabe quién es?

ESCENA IV.

DICHOS y RAMÓN, que ha oído las últimas frases.

RAMÓN.

Un sereno á quien, por influencias suyas, habían quitado el destino porque no se dormía cuando á altas horas de la noche entraban matute en una casa de su barrio.

TODOS.

¡Ah!

MANUEL.

Pues entonces...

CARMEN.

Justicia de Dios.

RAMÓN.

Eso es. Su Divina Majestad lo ha dejado cesante.

CARMEN.

Manuel... (Instándole á marcharse.)

MANUEL.

Sí; ya me voy. ¿Te espero allí? (A Antonio.)

ANTONIO.

Naturalmente; quiero oirte.

MANUEL.

Pues... hasta luego. (Vase.)

CARMEN.

Buena suerte.

ANTONIO.

Es pan comido. (Aparte á Carmen.)

ESCENA V.

CARMEN, RAMÓN y ANTONIO.

CARMEN.

¿Y cómo no saliste á almorzar esta mañana

RAMÓN.

Tuve varios quehaceres. Entre otros ir á ver al platero para el asunto del botón.

ANTONIO.

¡Ah! Sí.

CARMEN.

¿Y qué ha resultado?

RAMÓN.

Que son de su casa.

CARMEN.

Pero ¿á quién se los vendió?

RAMÓN.

No lo recuerda.

ANTONIO.

¿No tiene libros ese hombre?

RAMÓN.

¿Pues no los ha de tener? y los hemos repasado.

CARMEN.

Entonces habéis visto...

RAMÓN.

Que están arrancadas las hojas del libro de ventas correspondientes á Julio de mil ochocientos ochenta y dos.

ANTONIO.

¡Maldita negligencia!

RAMÓN.

No; no es negligencia. Debe haber sido á propósito.

LOS OTROS.

¿Cómo?

RAMÓN.

Y recientemente, porque los bordes están aún blancos y con la pelusa intacta.

ANTONIO.

¿De modo que ese platero es un bribón?

RAMÓN.

El bribón por las trazas, es un dependiente suyo á quien han debido sobornar para ello.

LOS OTROS.

¡Ah!

RAMÓN.

Sí; porque esta mañana á las ocho le mandaron al correo, y á las dos ni había vuelto aún á la casa ni parecía por ninguna parte.

CARMEN.

Esto se complica.

ANTONIO.

Entonces el ladrón es alguien que tiene conocimiento del hallazgo.

CARMEN.

¿Quién estaba allí cuando lo descubrimos?

ANTONIO.

Nosotros tres... (Recordando.)

CARMEN.

Manuel.

RAMÓN.

Bermúdez...

CARMEN.

Sí; pero ese ni soñarlo...

ANTONIO.

¡Qué atrocidad!

CARMEN.

¡Ah! Y Don Diego.

ANTONIO.

Don Diego más bien.

CARMEN.

¡Hombre! Una persona decente...

ANTONIO.

No lo conoces; es muy malo.

RAMÓN.

La verdad es que aquí no sabe uno á quien recibe en su casa.

CARMEN.

Más me inclino á creer que sea algún otro contertulio que haya oído referir el caso...

ANTONIO.

De todos modos hay que proceder con rigor. Yo no dejo así el asunto. ¿Dónde está esa platería? (Ramón le da las señas.)

CARMEN.

Hay gente para todo. Dentro de poco no vamos á poder vivir las personas honradas.

ANTONIO.

Precisamente me viene de paso para ir al Congreso. ¿Te vienes conmigo?

RAMÓN.

No. Tengo que escribir á mi padre.

ANTONIO.

Pues nada; pronto saldremos de dudas por el juez. (Aparte.) Lo que es á Don Diego le creo capaz de cualquier cosa. (Vase.)

ESCENA VI.

CARMEN y RAMÓN.

CARMEN.

Ahora vamos á echar un párrafo tú y yo.

RAMÓN.

Aguarda; sacaré una venda.

CARMEN.

¿Por qué?

RAMÓN.

Porque siempre que hablas conmigo es para descalabrarme.

CARMEN.

¿Ya presientes la razón con que voy á reñirte?

RAMÓN.

No; pero veo la piedra en el aire y la cuarteo. (Se sientan.)

CARMEN.

Y bien: Esa joven, ¿continúa limpiándome los zapatos ó le pongo un cubierto en mi mesa?

RAMÓN.

Por mí...

CARMEN.

No; al vado ó á la puente. En toda la mañana le he llamado porque no sé cómo tratarla; si como á mi prima la camarera ó como á la criada tu prometida.

RAMÓN.

Es fuerte cosa, que lo que os parece bien en los otros lo hayáis de encontrar mal en mí. ¿Qué he hecho yo? Imitar á Bermúdez.

CARMEN.

Buen cuidado tuviste de recordárselo anoche. Delante de todos. Otra bofetada de cuello vuelto.

RAMÓN.

Hay para volverse loco.

CARMEN.

¿Del sopapo? ¡Ya lo creo!

RAMÓN.

No; con vuestras contradicciones. ¿No decís que su conducta fué tan levantada?

CARMEN.

¿Qué duda cabe?

RAMÓN.

¿Pues entonces qué inconveniente veis en que yo se la aplauda en público?

CARMEN.

¿Hombre? Hay cosas sobre las que no se insiste. También está muy bien hecho lavarse, y nadie te viene á decir; «Felicito á usted de que no lleve chafarrinones en la cara.»

RAMÓN.

De todo esto deduzco que lo más prudente es no hacer caso de nadie y dejarse conducir por su propio criterio.

CARMEN.

Según. Porque si, mientras todos nos afanamos por darte un bastón con borlas y un sombrero con plumas, tu criterio te aconseja preferir la escoba de palma y el plumero de limpiar el polvo...

RAMÓN.

Si es todo lo contrario; no trabuques...

CARMEN.

¿Qué?

RAMÓN.

No sé. El ejemplo de Don Juan por un lado; por otro las lágrimas de esa mujer y el convencimiento de que cumplía con un deber ineludible; pero más que nada, el desvío y la indiferencia de Julia me trastornaron de tal modo, que en un rapto de locura prometí á esa desgraciada lo que, ni quiero ni debo cumplir.

CARMEN.

¿Pero... cómo? No fué por dar celos á...?

RAMÓN.

Principié por ahí, pero luego... lo hice con toda la pepita del alma.

CARMEN.

¡Qué bárbaro! ¡Dispensa!

RAMÓN.

Es también mi opinión.

CARMEN.

En primer lugar no hallo el caso tan grave, á juzgar por lo que ella misma nos ha contado.

RAMÓN.

Sin embargo; yo la comprometí.

CARMEN.

¡Bah! Lo que la comprometió fueron los tiros. De modo que en buena lógica, tu padre es el que debería casarse con ella para aprender á no gastar pólvora en salvas.

RAMÓN.

Mi conciencia está tranquila sobre ese particular; pero... no... sé... ¡Me da una vergüenza lo ocurrido! Mi pasión por Julia es tan sincera, tan exclusiva que, ni aún para darle celos concibo la ingerencia de otra mujer. Me parece una profanación en la santidad de mi afecto.

CARMEN.

¡Cuánto la quieres!

RAMÓN.

Mucho. No hay sacrificio que yo no esté dispuesto á hacer por ella. ¿Por qué habré seguido tu consejo? ¿Qué pensará de mí al verme tan rebajado?

CARMEN.

¿Quién sabe?

RAMÓN.

Yo mismo no acierto á explicarme mi insensatez. ¿Cómo he podido perder la razón conociendo los antecedentes de esa desventurada?

CARMEN.

¿De Leonor? ¿Es ligera de cascos?

RAMÓN.

La mitad del pueblo tenía amoríos con ella. El sacristán, el herrador, el alguacil del Ayuntamiento... Y yo le he dado mi palabra de honor.

CARMEN.

Como si no se la hubieras dado. Tonto, no te apures. Para esa gente el honor es como una prenda de vestir que se deteriora con el uso. Se ensucia durante la semana: le dan un jabón el sábado por la noche, y el domingo... nuevo. Le regalas algo y se queda tan contenta.

RAMÓN.

Eso había yo pensado; darle una indemnización.

CARMEN.

¿Indemnización? Unos pendientes de doublé ó un abanico de sándalo que huela mucho. Convéncete; todas son lo mismo. Lo que ellas quieren son tontos como...

RAMÓN.

Como Bermúdez.

CARMEN.

¡Ah! No, permite; ese caso era distinto.

RAMÓN.

¡Adiós!

CARMEN.

Se trataba de una pasión verdadera.

RAMÓN.

Encargada ex-profeso á Alcorcón.

CARMEN.

Con una mujer dignísima.

RAMÓN.

Alguna princesa disfrazada.

CARMEN.

No insistas sobre ese punto porque...

RAMÓN.

Es verdad: no nos entenderíamos. Nada, lo del cuento: ¿Quién ha disparado ese cohete? A la cárcel con él.—«Señor, ha sido el hijo del Alcalde.»—¡Ah! ¿El hijo del Alcalde? Bien tirado está.

ESCENA VII.

DICHOS y LEONOR.

CARMEN.

¿Qué hay?

LEONOR.

La señorita Julia que espera abajo en el coche.

CARMEN.

¿Por qué no sube?

LEONOR.

Pregunta si la señorita está ya dispuesta para ir á dar un paseo.

CARMEN.

¡Ay! Tiene razón: se lo había prometido.

RAMÓN.

(Aparte.) No me atrevo á levantar los ojos. Me parece que me miran el albéitar y demás compañeros mártires.

CARMEN.

Pero... si estoy sin vestir. Dígale usted... No, ba-

jaré yo misma. (Aparte á Ramón.) La tendré que poner en la calle. Ya lo ves, no me atrevo á darle ninguna orden: siempre se me figura que va á echarme en cara el parentesco. (Vase.)

ESCENA VIII.

LEONOR y RAMON.

RAMÓN.

(Aparte.) Se burla... Es claro.

LEONOR.

Buenos días. (Acercándose con mucho mimo.)

RAMÓN.

Muy buenos. (Sin mirarla.)

LEONOR.

¿No me quiere usted ya?

RAMÓN.

(Aparte.) Aquí hay que acabar de golpe y porrazo. (Alto.) ¿Vamos? Francamente. ¿Qué quieres que te compre?

LEONOR.

¡Ay! Ahora sí que ya no dudo.

RAMÓN.

¿Cómo?

LEONOR.

No lo digo por el regalo, sino por la intención. Nada.

RAMÓN.

Sí, sí; quiero dejarte un recuerdo.

LEONOR.

Pues ya que usted se empeña... Una corbata de encaje como la que tiene la señorita.

RAMÓN.

¿Y qué sé yo qué corbata es esa?

LEONOR.

Yo se la enseñaré á usted para que me la elija igual. La he visto allí en su cuarto; pero debe ser muy cara.

RAMÓN.

No importa; á mí no me duele el dinero. Así, pues, sin perjuicio de la corbata, piensa algo... más sólido.

LEONOR.

¡Qué! ¿Joyas también?

RAMÓN.

Lo que te guste, porque mi objeto es... (Aparte) se me atraganta la palabreja. (Alto.) Mi objeto es indemnizarte.

LEONOR.

¿Indemnizarme todavía después de lo que usted me ha prometido?

RAMÓN.

No: antes.

LEONOR.

Es demasiado.

RAMÓN.

(Aparte.) No entiende. (Alto.) Pero...

LEONOR.

En fin; por no desairarle á usted, un par de dormilonas y se acabó.

RAMÓN.

(Aparte.) Tú sí que te duermes de pié. (Alto.) ¿Dormilonas?

LEONOR.

Si; unos pendientes de brillantes.

RAMÓN.

Ya, ya.

LEONOR.

Y nada más. A mí me basta con tu cariño.

RAMÓN.

(Aparte.) ¡Horror! ¡Me tutea! Estoy como si me hubiera caído en la cocina.

ESCENA IX.

DICHOS, CARMEN y JULIA.

CARMEN.

Entra, entra.

TODOS.

¡Ah!

CARMEN.

(A Leonor con aspereza.) ¡Cómo! ¿Aún aquí? Vaya usted á limpiarme el tocador.

LEONOR.

Voy en seguida. (Aparte.) Hoy te quedas tú sin palangana. (Vase.)

CARMEN.

Siéntate.

JULIA.

Hemos venido á molestar... (Se sientan.)

RAMÓN.

¿A mí...? No. (Aparte.) Estoy en ridículo; y por más que digan los otros, lo que se presta á la burla no puede ser nunca noble ni levantado. (Alto.) Con permiso de ustedes voy á escribir unas cartas.

CARMEN.

Sí, sí: haz lo que tengas que hacer.

JULIA.

(Aparte á Carmen.) Va á consolarla.

CARMEN.

(Aparte á Julia.) Por lo visto.

RAMÓN.

(Aparte por Julia, llevándose la mano al corazón.) Y esta sin querer salir de aquí. (Vase.)

ESCENA X.

CARMEN y JULIA.

CARMEN.

Pues hija, bien puedes perdonarme, pero ni me acordaba del paseo ni ese es el camino.

JULIA.

No importa, no es tarde: y mientras tú te vistes, yo iré á llevar unos objetos que he comprado para los niños de Dolores.

CARMEN.

¿Quieres que los mande yo?

JULIA.

Gracias; yo misma voy en el carruaje.

CARMEN.

¿Qué es? ¿Ropa blanca?

JULIA.

Y de vestir. Y además estos pendientes para la mayorcita. A ver si te gustan. (Sacando un estuchito.)

CARMEN.

Muy monos. ¿Cuánto te han costado?

JULIA.

No lo sé, porque estaban en la tienda mi padre y Coronado y los han incluído en las compras que han hecho.

CARMEN.

Amigo, amigo; eligiendo ya joyas. Eso me prueba que va de prisa.

JULIA.

¿El qué?

CARMEN.

Tu casamiento.

JULIA.

¡Ah! Sí. Demasiado. (Entristeciéndose.)

CARMEN.

¿Lo sientes?

JULIA.

No ceso de pensar en lo que me dijiste anoche.

CARMEN.

(Aparte.) Ya está arrepentida. Pues si cree que yo voy á insistir... (Alto tras una pausa.) Os habéis precipitado de un modo...

JULIA.

Mi padre; yo no. (Pausa.)

CARMEN.

En fin... paciencia. (Pausa prolongada.)

JULIA.

Carmen... Tú que eres tan buena conmigo... ¿Cómo haríamos para disuadirle?

CARMEN.

¿A quién? ¿A Bermúdez? Ese clava clavos con la cabeza.

JULIA.

Con todo, de ti hace caso.

CARMEN.

Sí; pero en cuanto vea...

JULIA.

¿Qué?

CARMEN.

Que no le puedo presentar ningún argumento convincente.

JULIA.

Dile que no me seduce esa boda.

CARMEN.

Nos responderá que á él sí; y como sabe que siempre haces su voluntad.

JULIA.

Pero eso es sacrificarme.

CARMEN.

Si se le pudiera probar al menos que estás enamorada de otro... Pero tú no amas á nadie.

JULIA.

(Cohibida.) No... á nadie.

CARMEN.

Haces bien.

JULIA.

¡Qué felices son los que se casan á su gusto!

CARMEN.

Sí, pero hay gustos que merecen palos.

JULIA.

¿Te refieres á Ramón?

CARMEN.

(Aparte.) Me enseña el juego. Pues yo paso.

JULIA.

¡Qué locura! ¿Verdad?

CARMEN.

¿Por qué? Si la quiere.

JULIA.

Imposible.

CARMEN.

No lo veo yo así; la muchacha es muy bonita...

JULIA.

No tanto.

CARMEN.

¡Vaya! Tiene una gracia y una distinción...

JULIA.

Para su clase tal vez. Pero no irás á permitir que te den por prima á una camarera.

CARMEN.

¿Yo? Eso allá su padre. Además, que el mozo ya es talludito para andarle con reprensiones. Me mandaría á paseo.

JULIA.

Siempre se escucha la razón. En ti es hasta un deber de conciencia...

CARMEN.

Pues no lo tomas tú poco fuerte.

JULIA.

En interés tuyo.

CARMEN.

Mi conciencia me dice que son tal para cual.

JULIA.

Eso, permite...

CARMEN.

¿Qué es él al cabo? Un labrador.

JULIA.

En la acepción noble de la palabra.

CARMEN.

En la acepción del terruño y de los bueyes y de todas las consecuencias de la agricultura.

JULIA.

Es abogado además.

CARMEN.

De guardarropía.

JULIA.

Y su educación...

CARMEN.

Hay que trabarlo, porque á veces cocea.

JULIA.

Mal juzgas la rectitud de su carácter, la inflexibilidad de su condición. Podrá haber aspereza en su forma;

pero todo lo que hace es digno, hidalgo, recto. (Con entusiasmo.)

CARMEN.

Julia. Tú estás enamorada de Ramón. (Pausa. ¡Ah! ¿Callas?

JULIA.

Eres poco generosa no respetando mi silencio.

CARMEN.

¿Con que he acertado?

JULIA.

¿Había de mirar con indiferencia sus atenciones para conmigo? Sí ¡le adoro con toda mi alma!

CARMEN.

Y pretendías que no.

JULIA.

Por no contrariar á mi padre... Porque yo misma ignoraba... ¿Qué sé yo por qué? Pero tú vas á ayudarme á reparar el daño.

CARMEN.

¿Por qué no hablaste ayer? Acaso hubieras impedido que la casualidad, por favorecernos, hubiera cometido un asesinato inútil.

JULIA.

¡Un asesinato?

CARMEN.

Sí; tu matrimonio que considero como un crimen.

JULIA.

Vicuña es un hombre despreciable.

CARMEN.

Y tanto. (Aparte.) ¡Jesús! (Arrepentida.) No. Pobre... Qué barbaridad.

JULIA.

Convence á mi padre.

CARMEN.

Es muy delicado. Créeme. Mi influencia con él disminuye de hora en hora: de minuto en minuto.

JULIA.

Egoista.

CARMEN.

¿Yo egoista?

JULIA.

Como eres feliz no te preocupas de los que sufren.

CARMEN.

No te entiendo.

JULIA.

No por tenerlas ocultas dejan de saberse las cosas.

CARMEN.

Y sigue el logogrifo.

JULIA.

Que te casas con el que quieres.

CARMEN.

¿Yo? (Desconcertada.)

JULIA.

Con Manuel.

CARMEN.

¡Qué disparate! ¿Quién te ha gastado esa broma?

JULIA.

¡Si, broma! El diamantista; ¡bajo reserva, es verdad!

CARMEN.

¡Ah!

JULIA.

Pero hasta nos ha enseñado el aderezo que has escogido.

CARMEN.

(Alarmada.) ¿Cómo nos? ¿No ha sido á ti sola?

JULIA.

No; estaban también Don Diego y mi padre.

CARMEN.

¿Tu padre? (Levantándose aterrada.)

JULIA.

Por cierto que no aprueban la determinación. La llaman tu descarrilamiento.

CARMEN.

(Aparte.) ¡Pero esto es espantoso! Estamos perdidos.

JULIA.

Por supuesto que á ti maldito lo que debe importarte la opinión de los demás.

CARMEN.

¿A mí?... nada. Sobre todo siendo mentira. Porque es... una fábula... Te lo aseguro... Puedes decírselo así.

JULIA.

¿A quién?

CARMEN.

No... deja... Yo lo veré antes que tú.

JULIA.

Te encuentro agitada. ¿Qué tienes?

CARMEN.

Mareos; me falta la tierra como cuando se sale de un barco.

JULIA.

A mí me pasa lo mismo al apearme de un tren.

CARMEN.

Sí, sí. Hay muchos á quienes el mar no les hace tanto efecto como el ferrocarril. Anda, anda á desempeñar tu caritativa misión, y...

JULIA.

¿Me protegerás?

CARMEN.

¿Lo dudas?

JULIA.

¿Hablarás con mi padre?

CARMEN.

En seguida; sin perder minuto.

JULIA.

Dile...

CARMEN.

Figúrate tú todo lo que yo le diré.

JULIA.

En ti confío.

CARMEN.

Descuida. No te acompaño.

JULIA.

¡Qué buena eres! Dios te lo pagará. (Vase después de besarla repetidas veces. Carmen corre á tocar un timbre eléctrico.)

ESCENA XI.

CARMEN y LEONOR.

CARMEN.

¡Por fin!... Tan fácil que es decir adiós y marcharse... Tener la suerte en la mano y ver que se le escapa á uno por entre los dedos... Porque ese hombre se vengará.

LEONOR.

Señorita.

CARMEN.

¡Ah! Sí. Llame usted en seguida á su novio.

LEONOR.

¿Qué?

CARMEN.

(Aparte.) ¡Jesús! (Alto.) Al señorito Ramón. (Aparte.) No sé lo que digo. (Alto.) ¡Ah! Y mande usted enganchar.

LEONOR.

¿Qué carruaje?

CARMEN.

Cualquiera. El más ligero.

LEONOR.

(Aparte.) La araña, á ver si la pica. (Vase.)

CARMEN.

Puede que no hayan votado aún. ¡Dios mío! Que llegue á tiempo. Si logro hablarle tengo la seguridad de convencerle. ¡Mis pobres tierras de la Rinconada!... ¡Oh! Me la pagará el joyero. Sí, las discusiones son eternas... mis caballos son fogosos... ¡Ea!... Calma... Voy á volverme loca.

ESCENA XII.

CARMEN, RAMÓN; después ANTONIO.

RAMÓN.

¿Me llamabas?

CARMEN.

Sí; para suplicarte que no salieses de casa; me tienes que acompañar.

RAMÓN.

¿Adónde?

CARMEN.

Al Congreso... en seguida.

RAMÓN.

¿Pues qué ocurre?

CARMEN.

Ya te lo contaré por el camino; no tenemos tiempo que perder; los minutos son preciosos. Pronto... tu sombrero... el mío... ¡Ah! (Viendo á Antonio.)

ANTONIO.

(Desencajado.) Todo se ha perdido.

CARMEN.

Ya es inútil.

RAMÓN.

¿Qué es ello?

ANTONIO.

Que Bermúdez y su grupo se han colocado en actitud hostil.

CARMEN.

¿Han votado en contra?

ANTONIO.

Para el caso es igual. Se ha suspendido la sesión hasta mañana por haber pasado las horas de reglamento; pero se han comprometido ante el país á no dejar que pase la ley.

CARMEN.

Entonces aún hay esperanzas.

ESCENA XIII.

DICHOS y MANUEL.

MANUEL.

Ninguna promesa hecha en tales condiciones tiene que cumplirse.

CARMEN.

¡Miserables!

ANTONIO.

¡Vamos! ¡Si parece un sueño!

MANUEL.

Yo pierdo la brújula.

CARMEN.

Pero, en fin, vengan detalles. ¿Cómo ha sucedido la cosa?

MANUEL.

Pues nada; me levanté á apoyar la proposición, y, en un discurso muy ceñido, probé la necesidad de separarse de Valdeolea y llevar el ferrocarril por Altavilla.

ANTONIO.

Hasta ahí todo anduvo bien; pero aquella cita histórica...

CARMEN.

¿Qué cita?

MANUEL.

Un recurso oratorio de que me serví para dar fuerza y amenidad á la discusión. En uno de esos períodos huecos pero brillantes, en que la aglomeración de las palabras impide que se vea la desnudez del fondo, dije que, además de las razones económicas, existían otras de carácter más transcendental para introducir aquella modificación en el trazado. Y eran que, en opinión del cronista Toso, Altavilla había sido el teatro de la gloriosa batalla en que Leovigildo derrotó á los vascones insurrectos, asegurando con su victoria la integridad de la patria.

CARMEN.

Muy bonito.

RAMÓN.

Y muy justo.

ANTONIO.

Sí; pero Manuel no creyéndole capaz de una felonía, había consultado antes su discurso con Bermúdez; y, cuando por razones que aún no me explico, se levantó este á refutarle, lo arrolló con sus propios argumentos.

CARMEN.

¿Sí?

MANUEL.

«Quisiera, me dijo, que su señoría tuviese á bien enseñarnos esa crónica que solo existe en su acalorada imaginación; porque en este recinto estoy seguro de que nadie conoce á Toso, por más que todos nos honremos con la amistad del orador elocuente que, con tanto ingenio como audacia, convierte el anagrama de su nombre patronímico en apellido de un cronista imaginario.»

CARMEN.

Es verdad: Toso...

ANTONIO.

Es Soto al revés.

RAMÓN.

¡ Qué coincidencia !

MANUEL.

No; no es coincidencia, es una mistificación.

RAMÓN.

¿ Pero esa batalla que él describe?

MANUEL.

No sea usted cándido, hombre. Esa batalla se la he hecho yo ganar hoy á Leovigildo bajo mi testimonio personal, porque necesitaba un cronista que no pudiera ser desmentido.

RAMÓN.

¿Y así juegan ustedes con la historia en el Parlamento? (Aparte.) ¡ Qué desvergüenza! Ya no vuelvo yo á leer una sesión de Cortes.

CARMEN.

Pero en resumen...

MANUEL.

Que, tomando pie de ese incidente, prosiguió diciendo que era temerario é inoportuno herir susceptibilidades de pasados rencores, hoy que, más que nunca necesitamos consolidar con procedimientos de tolerancia la obra de unificación del territorio cantábrico. Y acabó prometiendo por sí y por consiguiente en nombre de los suyos, votar en contra de la proposición.

RAMÓN.

Muy bien hecho. Voy sospechando que Don Juan es una persona decente...

LOS OTROS.

Sí.

RAMÓN.

Puesto que sacrifica la amistad á su propio interés en beneficio del bien público.

CARMEN.

¿Pero cuándo acabarás de ser memo? ¿Tú crees que á Bermúdez le importa algo la patria?

RAMÓN.

¡Las pruebas!

CARMEN.

Eso es lo que pensará el país al leer el *Diario de las sesiones;* pero lo que hay en el fondo es que un platero nos ha hecho traición.

TODOS.

¿Cómo?

CARMEN.

Revelándole que Manuel se casa comigo.

TODOS.

¡Ah!

CARMEN.

Julia inocentemente me lo ha contado. (Explicándoselo aparte á Manuel y Antonio.)

RAMÓN.

Después de haberle prometido al otro... (Aparte.) ¡Ah! Ya, para que votasen el ferrocarril...

CARMEN.

Poco á poco; yo no he prometido nada. El se ha hecho ilusiones.

ANTONIO.

Ya ves si es persona decente. Falta á su palabra, y no impide con su influencia que el Banco me niegue por un voto el crédito que necesito para pagos apre-

miantes. A propósito. (A Manuel.) ¿Me has hecho vender las acciones?

MANUEL.

No las quieren ni de balde; todos están ofreciendo las suyas al peso del papel.

ANTONIO.

Así, así. El trueno gordo... la ruina.

RAMÓN.

(Sardónicamente.) ¿Si os estorbo para comunicaros reservadamente vuestras impresiones?...

ANTONIO.

Ello ha de saberse al fin.

RAMÓN.

Pero conservad al menos el pudor de la desgracia. Ahí me estáis refiriendo como lo más natural del mundo cosas que haríais muchísimo mejor en callaros.

ANTONIO.

Entre individuos de la familia.

RAMÓN.

Aunque así sea.

CARMEN.

A pesar de que abogas al parecer por la causa de los extraños.

RAMÓN.

Ya no abogo por nadie. Lo que sí digo es que si Don Juan, como estoy harto de oir, es un modelo de integridad, un asombro de rectitud y un dechado de perfecciones, ha debido tener motivos muy poderosos para proceder como ha hecho, porque ó la lógica no sirve para nada, ó no puede ser un pillo á las seis el que á las cinco y media era todavía una persona decente. (Diego aparece y oye las últimas frases.)

ESCENA XIV.

DICHOS y DIEGO.

DIEGO.

Así discurre todo el que no carece de sentido común.

CARMEN.

(Aparte.) Este faltaba para el baile.

ANTONIO.

Ya estará usted contento.

DIEGO.

¿Yo?

MANUEL.

Realiza usted sus ilusiones.

ANTONIO.

Aumentan las probabilidades en pro de su candidatura.

CARMEN.

Ya puede usted ir preparando su primer discurso.

DIEGO.

Yo no sé todavía si mi desautorizada voz resonará en el Parlamento; pero, abstracción hecha de todo interés personal, he tenido esta tarde una inmensa satisfacción al ver que aún hay quien vuelve por los fueros de la justicia.

TODOS.

¿Don Juan?

DIEGO.

Sin duda; Bermúdez: Esa dignísima persona que ha

impedido con su noble actitud que se destruya la riqueza agrícola de Valdeolea.

MANUEL.

¿Y qué producción da esa zona?

DIEGO.

Importantísima.

ANTONIO.

Si allí todo es yermo.

DIEGO.

Usted no conoce la región. Ya la visitará usted el domingo para las elecciones y verá usted lo que es aquello. Un país que da cada castaña...

CARMEN.

(Aparte.) Se burla.

ANTONIO.

Permítame usted que no le felicite por la fijeza de sus opiniones. Hoy llama usted persona dignísima al mismo á quien anoche llenaba de dicterios.

DIEGO.

¿Dicterios? ¿Yo? ¿A él? ¿Cuándo me han oido ustedes hablar mal de Bermúdez?

RAMÓN.

(Aparte.) Pero, señor: ¿qué gente es esta?

DIEGO.

El corazón más recto, el espíritu inquebrantable, la naturaleza más enérgica...

ANTONIO.

¡Hombre! Por Dios. No nos venga usted haciendo la apología de un individuo cuyos antecedentes conoce todo el mundo.

MANUEL.

¿Y cree usted que ignoramos cómo se fué á Cuba?

CARMEN.

Con lo puesto.

ANTONIO.

Sin camisa.

CARMEN.

Y estafando para el pasaje.

MANUEL.

Y á los pocos meses se lo ven entrar en Madrid cargado de millones...

DIEGO.

Adquiridos con su inteligencia, con su laboriosidad...

ANTONIO.

Con negocios sucios.

MANUEL.

Por malas artes.

CARMEN.

Con el robo.

RAMÓN.

(Aparte.) Vamos á mí me asusta esto.

MANUEL.

Y ahora mucha gran cruz.

ANTONIO.

Y aspiraciones de ministro.

CARMEN.

Todo un caballero; sin acordarse de que se casó con la criada.

DIEGO.

No, no; con la doncella de su madre.

MANUEL.

Eso lo decían ellos para paliar la humillación; pero era la criada.

ANTONIO.

La cocinera; nos consta.

CARMEN.

Como que mi madre no la quiso tomar porque le dijeron que tendría la casa llena de soldados.

DIEGO.

¡Ave María Purísima!

RAMÓN.

Observo que tampoco hay que felicitar á ustedes por la fijeza de sus opiniones. Ayer le ponían ustedes en el altar mayor, y hoy...

ANTONIO.

Es que ayer cumplíamos con una obligación sagrada defendiendo al amigo, y hoy realizamos un acto de justicia desenmascarando al hipócrita.

CARMEN.

Me parece que no hemos robado el derecho que nos asiste.

MANUEL.

Con el mal que nos ha hecho.

DIEGO.

(Aparte.) Cegando el pito.

MANUEL.

Y quedará impune.

ANTONIO.

Por supuesto que Dios le libre de ponérseme á tiro de mi venganza.

CARMEN.

¡Oh! ¡Si cae en nuestras manos...!

MANUEL.

Ya afilaremos las uñas.

CARMEN.

La mayor tira de pellejo será como una lenteja.

ANTONIO.

Que se descuide.

CARMEN.

Que pruebe.

MANUEL.

Que resbale.

CARMEN.

Es un bribón.

MANUEL.

Un perdido.

ANTONIO.

No hay más. Un pillo. (Movimiento de Diego y Ramón.)

MANUEL.

Un canalla.

CARMEN.

Un infame.

TODOS.

¡Ah! (Viendo aparecer á Juan.)

RAMÓN.

(Aparte á los otros.) Se lo pueden ustedes repetir por si no lo ha oído.

ESCENA XV.

DICHOS y JUAN.

JUAN.

Hay momentos difíciles, en que no sabe uno, realmente, cómo llevar el convencimiento al ánimo de los que le escuchan.

ANTONIO.

Ardua tarea es en efecto.

CARMEN.

Y sobre todo inútil.

JUAN.

Sí, porque la pasión ciega y no deja lugar al raciocinio.

MANUEL.

Puede que aún encuentre usted plausible su conducta.

JUAN.

Apelo al testimonio de las personas imparciales.

DIEGO.

Aquí hay dos precisamente.

RAMÓN.

No; una.

DIEGO.

¿Pues y usted?

RAMÓN.

Esa.

DIEGO.

¡Ah! (Aparte.) ¿Pues y yo?

JUAN.

(Á Ramón.) Sea usted juez. Ante una provocación al odio, casi á la guerra civil como entraña ese malhadado recuerdo de Leovigildo. ¿Debo yo posponer al cumplimiento de una palabra los más caros intereses de la tranquilidad pública y acaso de la integridad del territorio?

DIEGO.

¡Bravo!

ANTONIO.

Mire usted, aquí no estamos en el Congreso.

CARMEN.

No se trata de engañar á las tribunas.

JUAN.

Mi deber es representar dignamente á mi país y defender en toda ocasión á mi patria.

DIEGO.

(Aparte á Ramón.) ¡Qué elocuencia! Debe tener razón.

JUAN.

(Á Ramón.) ¿No es así?

RAMÓN.

Tal es mi opinión: porque yo no puedo imaginar que un hombre que se estima, se burle de diez y ocho millones de individuos tomando á la patria por pretexto para vengarse de las calabazas que le ha dado una mujer.

TODOS.

¿Cómo?

DIEGO.

(Aparte.) Ya lo han olido. Tienen un olfato de perro pachón.

JUAN.

¿Y quién supone...?

RAMÓN.

Aquí se ha dicho hace poco.

JUAN.

Algún rapto de despecho.

ANTONIO.

Despecho que no dejaría de estar justificado.

RAMÓN.

Eso sí. Porque cuando se propala la voz de que mi primo especula con la candidez de los accionistas para rehacer su quebrantada fortuna con la concesión de un ferrocarril...

TODOS.

¡Ah!

RAMÓN.

Y que Carmen le obliga á modificar el trazado para hacerse expropiar las tierras de la Rinconada, es muy justo tomar el desquite devolviendo suposición por suposición.

JUAN.

Mas bien calumnia por calumnia.

ANTONIO.

¡Qué infamia!

CARMEN.

¡Qué horror!

DIEGO.

Hay gente que se complace en andar con cuentos.

RAMÓN.

Pues usted mismo me lo refirió anoche.

DIEGO.

¿Yo?

TODOS.

¿Coronado?

DIEGO.

Poco á poco... Yo decía... que lo decían... (Aparte.) ¡Qué abencerraje!

RAMÓN.

Pues por eso precisamente. Cuando una especie toma vuelo, el deber de la amistad es comunicársela al interesado para que se defienda, en vez de dejarle expuesto al ridículo.

TODOS.

Es verdad.

RAMÓN.

Ahí tiene usted al señor Soto, apoyando generosamente en la Cámara la reforma del trazado en beneficio de los intereses generales, sin sospechar siquiera lo que de él se murmura.

TODOS.

¿El qué?

RAMÓN.

Que secunda los proyectos de mi prima para casarse con ella y poder pagar sus deudas.

TODOS.

¡Ah!

MANUEL.

Es escandaloso.

CARMEN.

¡Qué avilantez!

DIEGO.

Ni á mí es posible que me dejen tranquilo.

RAMÓN.

De usted dicen que rabia por sentarse en el Congreso para ahorrarse los sellos de la correspondencia

mercantil, con la franquicia postal del diputado. (Todos rien.)

DIEGO.

¿Yo? (Aparte.) Cómo averiguan las cosas estos malditos.

CARMEN.

Creo que harías mejor en reservarte esos chismes.

TODOS.

Sí.

RAMÓN.

Es necesario que los que se tratan se conozcan. Que sepamos quién nos rodea.

CARMEN.

Lo cierto es que vivimos entre una gente...

ANTONIO.

No se puede uno fiar de nadie.

MANUEL.

Esto es peor que Sierra Morena.

ANTONIO.

Ya no hay palabras.

JUAN.

Ni afecto.

CARMEN.

Ni dignidad.

ANTONIO.

Ni decoro.

DIEGO.

Ni dinero, ni nada. (Muy movido todo este final.)

RAMÓN.

Es verdad; pero callemos, señores.

CARMEN.

¿Callar?

ANTONIO.

No.

JUAN.

¿Por qué?

MANUEL.

No faltaba más.

DIEGO.

Hay que desahogarse. (Estas frases casi simultáneas.)

RAMÓN.

(Imponiéndose.) Sí, pero por dentro. El que más ó el que menos tiene razones muy poderosas para cerrar el pico.

TODOS.

¡Ah! (Calmándose.)

DIEGO.

(Aparte tras breve pausa.) Y el orden quedó restablecido con la llegada del señor gobernador.

ESCENA XVI.

DICHOS y JULIA.

JULIA.

Creí que no había nadie, están ustedes tan callados.

DIEGO.

Ya nos lo hemos dicho todo.

JULIA.

Me alegro de encontrarte; pensaba ir en tu busca.

JUAN.

¿Qué te ocurre tan urgente?

JULIA.

Me vas hacer un préstamo.

JUAN.

Si te basta lo que llevo conmigo.

JULIA.

Necesito toda mi asignación del año.

JUAN.

Eso es grave. ¿Has contraído deudas?

JULIA.

No; pero quiero llevar la alegría á los que no han hecho más que llorar injustamente durante muchos años.

RAMÓN.

¡Qué corazón!

DIEGO.

Como el de su padre.

CARMEN.

(Aparte á Diego.) ¿Entónces no cree usted que es hija de Bermúdez?

JUAN.

¡Ya! Vamos. Tu nodriza.

JULIA.

Se empeña en ir á pié con sus hijos al encuentro de Nicolás.

RAMÓN.

¡Pobre mujer!

JUAN.

Se le pagará el viaje; pero para eso no necesitas tanto.

JULIA.

Es que tiene el propósito de no volver á Madrid. Le asusta la idea de que que huyan de él como de un criminal los mismos que antes le estrechaban la mano, como un hombre de bien, y se propone marchar á América.

JUAN.

Muy bien pensado.

JULIA.

Sí; ¡pero ya ves! ¿Qué van á hacer allí los infelices sin recursos? Es preciso socorrerlos para que vivan mientras encuentran algo. No hay que dejar perecer á un honrado padre de familia, cuando tal vez el que le ha conducido á esa situación nada en la opulencia.

JUAN.

Sí... sí. Toma. (Dándole unos billetes.)

JULIA.

Esto por cuenta tuya; pero lo mío además. Acepto todo lo que me des.

RAMÓN.

(Conmovido.) Es tan hermoso lo que usted hace, que, si usted me lo permitiese, me asociaría á tan caritativo objeto.

DIEGO.

Y yo también. Me ha conmovido. (Aparte.) Una peseta más ó menos...

ANTONIO.

Y todos.

MANUEL.

Sí.

JULIA.

¿Por qué no? Yo no soy exclusiva en el ejercicio del bien. Tenderé mi mano por ellos. Señores, una limosna para la virtud.

(Todos ofrecen su óbolo. Ramón da el oro que lleva en los bolsillos y, confundido con el dinero, entrega también el botón del hallazgo.)

ANTONIO.

No hay nada tan respetable...

MANUEL.

Tan santo.

CARMEN.

Antonio; da por mí.

RAMÓN.

No llevo más encima.

JULIA.

¡Oh! Gracias... gracias; ¡pero esto constituye una riqueza para ellos! No lo van á creer... Si hay hasta quien me ha dado sus joyas.

TODOS.

¿Cómo?

JULIA.

Un gemelo de oro. (Observándolo.)

RAMÓN.

Yo inadvertidamente...

JULIA.

¡Ay! ¡Qué alegría!

TODOS.

¿Qué?

JULIA.

¡Si es el primer regalo que yo le hice á mi padre!

TODOS.

¿Eh? (Espanto en todos.)

CARMEN.

¿Estás segura?

JULIA.

Como que los encargué yo en persona. En el uno decía: «A mi buen padre.» Y en éste, que perdió pocos días después, la fecha de su cumpleaños.

(Carmen, Antonio y Manuel cruzan entre sí miradas de satisfacción. Ramón observa. Diego se abisma: á Bermúdez se le ve luchar á través de su glacial actitud.)

RAMÓN.

(Tomando el botón.) Sí, sí, una casualidad, un... No demoren ustedes el júbilo á esa desventurada familia.

JULIA.

Es verdad. Y á ti te lo deberán todo. ¡Qué bueno eres! (Besando á su padre.) Ven, ven conmigo. Gracias otra vez por haber enjugado tantas lágrimas. (A Carmen.) No nos acompañes. Adiós... adiós... (Vase con Juan.)

ESCENA XVII.

DICHOS menos JULIA y JUAN.

CARMEN.

(Con una alegría feroz.) Ya le tenemos entre las uñas.

MANUEL.

¡Justicia del cielo!

RAMÓN.

¡Su propia hija! ¡Qué horror!

ANTONIO.

Ahora una denuncia colectiva y á presidio con él.

DIEGO.

Un poco de caridad, señores.

MANUEL, ANTONIO Y CARMEN.

¡A presidio! (Vanse.)

DIEGO.

(Siguiéndolos.) Que es una persona decente, aunque es un pillo. (Vase tras ellos.)

RAMÓN.

¡Dios mío! ¿Qué es ser persona decente?

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un gabinete achaflanado con puertas laterales que conducen á las habitaciones interiores y otras dos en los planos del foro. La de la derecha, abierta, deja ver una antesala. La de la izquierda, cerrada hasta el final, da paso al comedor.

ESCENA I.

LEONOR y el CRIADO acabando de encender las luces del gabinete.

CRIADO.

Las cinco y de noche ya.

LEONOR.

Diga usted: ¿y esta comida es para celebrar la bancarrota?

CRIADO.

No. Todos los miércoles se reunen los íntimos.

LEONOR.

Porque parece ser que esto se va. Y yo también.

CRIADO.

Así lo aseguran.

LEONOR.

¿Usted no se despide?

CRIADO.

Yo no los puedo abandonar en la desgracia.

LEONOR.

¡Ah!

CRIADO.

Esperaré hasta el domingo que me vence el mes.

LEONOR.

Silencio.

CRIADO.

La señorita. (Vase.)

ESCENA II.

LEONOR y CARMEN.

CARMEN.

Esta noche cuando vuelva del teatro me tendrá usted dispuesto el té.

LEONOR.

Siento decir á la señorita que cuando vuelva yo no estaré ya en la casa.

CARMEN.

¿Cómo?

LEONOR.

Porque la dejo ahora mismo.

CARMEN.

¿Ahora mismo? No. Tengo gente á comer y me hace usted falta.

LEONOR.

Pero mi decoro...

CARMEN.

Muy señor mío. ¿Y qué tengo yo que ver con ese sujeto?

LEONOR.

Yo no me pongo otra vez en su presencia. Mandarme á paseo después de haberme hecho consentir en que se casaría conmigo. (Lloriqueando.)

CARMEN.

¿Quién la manda á usted tomar en serio una broma?

LEONOR.

Pues podía divertirse el angelito de otro modo.

CARMEN.

Ya debía usted presumir que no iría á casarse con usted.

LEONOR.

No sería el primer señorito que me lo propusiera.

CARMEN.

Sí; los señoritos suelen proponer eso antes, pero después de reflexionar, cambian de opinión.

LEONOR.

Yo me he criado en muy buenos pañales.

CARMEN.

Ahora el lienzo va tan barato...

LEONOR.

Mi familia es de lo mejorcito del pueblo.

CARMEN.

Hay algunos pueblos así.

LEONOR.

No entiendo.

CARMEN.

Que me deje usted en paz, porque no estoy de humor para escuchar tonterías. (Se sienta.)

LEONOR.

¡Ah! ¿No lo quiere usted creer? Pues si se casa con el otro, á nadie más que á este cura se lo deberá la doña singustos esa.

CARMEN.

¿Pero qué disparates está usted ahí ensartando? ¿De quién habla usted?

LEONOR.

De la señorita Julia.

CARMEN.

¡Pues vaya un respeto!

LEONOR.

Entre rivales... ¿Por qué me quita el novio? Que se contente con el que tiene ya.

CARMEN.

¿El que usted le ha dejado, según dice?

LEONOR.

El mismo; el Baron.

CARMEN.

¿Vicuña?

LEONOR.

Como que por eso me he ido de la casa, porque sus padres han notado que bebía los vientos por mí.

CARMEN.

¡Hola!

LEONOR.

Y á haber yo querido, hasta me hubiera llevado á la iglesia.

CARMEN.

¿Para qué?

LEONOR.

¿Cómo para qué? Para casarnos. Pero es tan feo...

CARMEN.

Bien, bien; continúe usted sus quehaceres.

LEONOR.

Ya le he dicho á la señorita que me marcho.

CARMEN.

Y yo le mando á usted que se quede.

LEONOR.

Pues puede usted encargar vajilla nueva.

CARMEN.

¿Por qué?

LEONOR.

Porque cada plato que yo sirva se lo rompo en la cabeza á ese bribón.

CARMEN.

Decididamente usted no está en su juicio.

LEONOR.

(Gimoteando.) ¡Ay! Usted no sabe lo que es verse abandonada del hombre á quien se quiere por el que se ha despreciado todo; hasta el título de baronesa... (Creyendo sacar el pañuelo se enjuga las lágrimas con una corbata de encaje.)

CARMEN.

¡Eh! ¿Qué es eso? (Reparando en ella y levantándose.)

LEONOR.

Sí... es verdad... La encontré antes allí en el tocador... Iba á guardarla.

CARMEN.

Y la ha guardado usted en efecto.

LEONOR.

¿Qué es lo que usted supone?

CARMEN.

Que esta corbata me falta desde ayer tarde.

LEONOR.

Pues sí, la tomé porque el... señorito Ramón debía comprarme otra igual.

CARMEN.

¿A usted?

LEONOR.

Y unas dormilonas; pero todo ha sido un sueño...

CARMEN.

Pues lo que es despierta lo está usted siempre.

LEONOR.

¿Pretenderá usted que se la he robado?

CARMEN.

No me venga usted con gritos.

LEONOR.

Eso sí que no. Seré lo que usted quiera, pero ladrona...

CARMEN.

Bien, bien; ya hablaremos. (Se sienta.)

LEONOR.

No. Va usted á registrarme el mundo en seguida. Porque yo tengo mundo.

CARMEN.

¡Digo!

LEONOR.

Soy una persona decente, aunque me esté mal el decirlo. Está cerrado, de modo que no puedo sacar una hilacha. Tome usted la llave. (Echándosela sobre la falda.)

CARMEN.

¡Qué atrevimiento! (Va á tirarle la llave á los pies, pero le detiene la voz de Diego que llega por la antesala.)

ESCENA III.

DICHOS, DIEGO.

DIEGO.

¿Y Cea? ¿Donde está Antonio?

CARMEN.

No sé.

DIEGO.

Necesito hablarle.

CARMEN.

(A Leonor.) Avise usted á mi hermano. ¡Ah! Y llévese usted esto. (Por la llave.)

LEONOR.

Después del registro me la dará el Comisario de policía. (Vase.)

CARMEN.

¡Insolente!

DIEGO.

¿Qué es?

CARMEN.

Nada. Se ha despedido.

DIEGO.

Pues yo me la llevaré á casa. Precisamente mi mujer está sin camarera...

CARMEN.

A lo nuestro. ¿Qué ocurre?

DIEGO.

Vengo del Congreso.

CARMEN.

¿Tan tarde?

DIEGO.

Han prolongado la sesión. He visto á Bermúdez.

ESCENA IV.

CARMEN, DIEGO, ANTONIO por una puerta lateral.

ANTONIO.

¿Habló usted con él?

DIEGO.

Sí, y... vamos, me ha partido el alma el ver llorar ese pobre hombre.

ANTONIO.

Comedia.

CARMEN.

Lágrimas de cocodrilo.

DIEGO.

¡Lo que ha cambiado desde ayer! No le reconocerían ustedes, está hecho un cadáver.

CARMEN.

Motivos tiene para ello si piensa en la suerte que le aguarda.

DIEGO.

Pero, en fin: la reflexión ha debido suceder al arrebato. Estoy seguro de que ya han desistido ustedes de sus propósitos de venganza.

CARMEN.

¿Desistir?

ANTONIO.

Lo primero que he hecho al levantarme, ha sido escribir al juez del distrito ofreciéndole un sitio en mi mesa para esta noche en que habrá necesidad de su ministerio.

DIEGO.

Son ustedes implacables.

CARMEN.

Somos justos.

DIEGO.

¡Lo mismo que Soto! Allí ha pasado por delante de él, mientras hablábamos en los pasillos del Congreso, sin dignarse volver la cabeza cuando Bermúdez le ha llamado. Unos amigos tan entrañables desavenidos por... una fruslería.

CARMEN.

Pues me gusta.

ANTONIO.

Tiene usted un criterio muy singular.

DIEGO.

¡Hombre! Lo llamo fruslería, porque ustedes mismos no le han dado importancia alguna á un caso análogo.

CARMEN Y ANTONIO.

¿Nosotros?

DIEGO.

Cuando sorprendieron á Lafuente haciendo trampas en el juego, no solo no le negó nadie su amistad, sino que hasta se le ofreció un destino: de modo que en buena lógica á este había que darle un título del reino.

ANTONIO.

El caso no es igual; lo de Norberto fué...

DIEGO.

Un acto de desesperación como el de Bermúdez. El mismo me lo ha confesado. No tenía qué comer; le ofrecían un puesto en Cuba; no podía pagar el viaje. Vino á despedirse de usted; encontró una libranza con el recibí puesto y... Desengáñense ustedes: Dios nos libre de tener hambre y tropezar con un panecillo en la forma de una letra de cambio.

CARMEN.

Pero lo uno era una indelicadeza y lo otro es un robo.

DIEGO.

Cuestión de algunas pesetas más; el fondo idéntico. Con la diferencia de que Bermúdez está dispuesto á restituir, mientras que Lafuente se nos llevó los cuartos.

ANTONIO.

¿Y cree hacer ese señor una hazaña restituyéndome quince mil duros, cuando acaba de negarme un crédito de cuarenta y cinco mil que me conduce á la bancarrota?

DIEGO.

Eso se arreglaría.

LOS OTROS.

¿Cómo?

DIEGO.

Estoy seguro de que el que votó en contra lo hizo por juzgar ese préstamo indigno de la posición de usted. Vuelva usted á pedir otro de dos millones y de fijo que se lo conceden.

ANTONIO.

¿Me está usted proponiendo una venta?

CARMEN.

Por las trazas...

DIEGO.

¡Ave María Purísima! Desechen ustedes semejante idea. Es que no le han visto ustedes, como yo, arrodillado á mis pies... suplicando que no se le juzgue antes de oirle... pidiendo perdón á todos por mi conducto, no para él, sino en gracia de esa desventurada criatura, víctima inocente de los extravíos de su padre. (Haciendo vanos esfuerzos por afligirse.) Se necesitaría ser de roca y yo no lo soy. Solo al recordarlo, las lágrimas se me saltan y... y... y... (Aparte.) No puedo llorar por más que hago. Me importa tan poco todo esto...

ANTONIO.

¿Y ese hombre, después de perdonado, tendría la avilantez de presentarse en público?

DIEGO.

No, se marcha al extranjero á ocultar su vergüenza.

LOS OTROS.

¡Ah!

DIEGO.

Sí; todo lo abandona. Sus negocios, la diputación—lo que nos deja un distrito vacante—la dirección del Banco, que espero venga á mí por derecho de antigüedad...

ANTONIO.

Ya me explico el interés que usted se toma...

CARMEN.

Es usted muy sensible á su propia conveniencia.

DIEGO.

Juro á ustedes que...

ANTONIO.

No insista usted; me encontrará siempre inexorable.

DIEGO.

¿Me deja usted volver al Congreso sin esperanza alguna?

ANTONIO.

Ni la más remota.

DIEGO.

Pero...

ANTONIO.

Entra, Ramón, entra. (Viendo á su primo que retrocedía al entrar.) Carmen. ¿Quieres ir á dar tus instrucciones? (Á Diego.) Dispénseme usted. Tengo que hablar con mi primo.

DIEGO.

(Aparte.) O lo que es igual: largo de aquí. (Á Carmen.) Señora; á usted acudo; á usted cuyos sentimientos...

CARMEN.

Créalo usted; no es posible. Ese hombre no solo ha faltado con nosotros á los más rudimentarios deberes de la amistad, sino que... (Vanse los dos por la antesala.)

ESCENA V.

RAMON y ANTONIO.

ANTONIO.

Dispensa si te he tomado por pretexto para quitarme de encima á ese individuo.

RAMÓN.

Has hecho bien; deseaba verte á solas.

ANTONIO.

¿Tienes algo que decirme?

RAMÓN.

Sí. (Se sientan ambos junto á una mesa.) Ayer, con todos aquellos acontecimientos, se me olvidó lo más importante.

ANTONIO.

¿El qué?

RAMÓN.

Te oi hablar de ruina.

ANTONIO.

Es verdad.

RAMÓN.

¿Quieres decirme cuál es tu verdadera situación?

ANTONIO.

Estoy en quiebra. Pensaba rehacer mi fortuna con la aprobación de ese proyecto...

RAMÓN.

¿Pero además hay unas letras?...

ANTONIO.

Que á estas horas deben estar ya protestadas. No sé. No he tenido valor para presentarme en las oficinas.

RAMÓN.

¿Y no podría obtenerse una próroga mientras tú te haces con fondos?

ANTONIO.

Indudablemente. ¿Pero adónde acudir? Esa derrota de ayer ha concluído con mi crédito.

RAMÓN.

¿Y por qué no has llamado á mi puerta?

ANTONIO.

¡Oh! ¡Alma generosa! (Estrechándole las manos.) Te lo agradezco, pero es inútil tu sacrificio.

RAMÓN.

¿Por qué?

ANTONIO.

Cuarenta y cinco mil duros son, al capital que mi casa representa, lo que una gota de agua en el Océano. Gota, es verdad, que hace desbordar el vaso.

RAMÓN.

Pues, acepta.

ANTONIO.

No. Si esa cantidad fuese mía acaso pudiera vivir algunos meses más y aun ponerme á flote, pero teniéndola que devolver no haría sino prolongar un estado insostenible.

RAMÓN.

Pues dártela no puedo; pero si hipotecando mis propiedades...

ANTONIO.

No. No me queda más remedio que hundirme en el

abismo, arrastrando en la caída al causante de mi desgracia.

RAMÓN.

Pero entendámonos. ¿Tú crees que procediendo así cumplimos con nuestro deber?

ANTONIO.

¿Lo dudas?

RAMÓN.

Es que cuando yo tomo una determinación, no retrocedo; pero antes de tomarla quiero convencerme de que no tendré que arrepentirme. ¿Tú me aseguras que un hombre que se estima puede convertirse en delator sin detrimento de su dignidad?

ANTONIO.

En circunstancias como estas, sí.

RAMÓN.

¿Pues por qué antes de anoche al denunciar á un tahur me dijisteis que mi conducta era impropia de una persona decente?

ANTONIO.

Por... la forma en que lo hiciste. Y no hay que confundir un caso con otro. ¡Si tú apruebas el que queden impunes los bandidos de levita!...

RAMÓN.

De frac vestía Lafuente.

ANTONIO.

Pero...

RAMÓN.

Y quedó impune también, porque, según voy viendo, la impunidad obedece más que á las influencias que se cruzan, á las rarezas del caso.

ANTONIO.

¿Cómo?

RAMÓN.

Convendrás conmigo en que todos los días no se mete á ladrón un caballero.

ANTONIO.

Con todo, se generaliza; pero, en fin, cuando lo hace...

RAMÓN.

Sorprende. Y si á un hombre avezado al crimen se le lleva á presidio porque las penas corporales son las únicas que lo pueden corregir, á una persona de educación se la castiga con su propia vergüenza ante el desprecio público; porque no hay arma que más asuste al bandido de levita, que una mano enguantada señalándole siempre con el dedo el borrón que ha echado sobre su frente.

ANTONIO.

Si es que temes prestarme tu concurso en un acto de estricta justicia...

RAMÓN.

No. Me habéis dicho que debo apoyar vuestra denuncia porque todo silencio en mi sería una complicidad, y estoy decidido á ello aunque se rompan una por una todas las fibras de mi corazón. Pero quisiera saber si no sacrifico la razón al egoismo.

ANTONIO.

¿Cómo?

RAMÓN.

Haciéndome instrumento de una venganza ruín.

ANTONIO.

Yo abogo por los fueros de la moral. Pido satisfacción para la vindicta pública.

RAMÓN.

Sea por ti. ¿Pero y yo?...

ANTONIO.

¿Tú?

RAMÓN.

¿Si Julia correspondiese á mi afecto; si su padre no me hubiera escarnecido, no mordería yo cien veces mi lengua antes que formular esa denuncia?

ANTONIO.

Es muy posible, pero como sucede todo lo contrario...

RAMÓN.

Por eso dudo si mi conducta es hija del despecho ó de la rectitud. Si me vengo ó si castigo. Si soy un hombre de bien, ó nada más que una persona decente.

ANTONIO.

¡Bah! Escrúpulos pueriles. Coincidencias que no te deben preocupar. ¿Qué harías si no los conocieras?

RAMÓN.

Cumplir con mi deber.

ANTONIO.

¿Y qué entiendes por tu deber?

RAMÓN.

Ser inexorable.

ANTONIO.

Entonces no titubees. ¿Son ellos algo para ti?

RAMÓN.

Nada.

ANTONIO.

Pues no se lo sacrifiques todo.

RAMÓN.

¿Todo?

ANTONIO.

Tu conciencia.

RAMÓN.

Tienes razón. Adelante. Una vez decidido ya no vuelvo la cara. Guerra al mal.

ANTONIO.

Sin cuartel. Aquí estoy yo para animarte si desfalleces.

ESCENA VI.

DICHOS y el CRIADO.

CRIADO.

Urgente. De parte del señor Bermúdez. Piden contestación. (Entregándole un pliego que contiene una carta, tres letras de cambio con el dorso lleno de timbres, sellos y endosos y una cuartilla de papel en que hay redactado un telegrama.)

RAMÓN.

¡Cómo! ¿Don Juan te escribe?

ANTONIO.

Sí. ¿Qué me querrá? (Abriendo el pliego.)

RAMÓN.

Acaso te dé explicaciones...

ANTONIO.

Tendría que ver. ¡Ah! (No pudiendo reprimir un gesto de alegría.)

RAMÓN.

¿Qué?

ANTONIO.

Nada. Asuntos atrasados. No firma él. (Guardándose las letras.)

RAMÓN.

(Aparte mirando por encima del libro.) ¡Unas libranzas que procura ocultarme! ¡Las que vencían hoy sin duda! Alerta...

ANTONIO.

(Aparte.) Es un tunante; pero tiene talento. Conoce el corazón humano. (Acabando de leer la carta que se mete en el bolsillo con los otros papeles.)

RAMÓN.

(Aparte.) Pronto se verá.

ANTONIO.

Está bien. (Al criado.)

CRIADO.

¿Y la contestación?

ANTONIO.

La mandaré luego. ¡Ah! Tome usted; que le entreguen el sobre como acuse de recibo. (Firma con lapiz en el sobre que da al criado. Este se retira.)

ESCENA VII.

RAMÓN Y ANTONIO.

RAMÓN.

¿De modo que esta noche al finalizar la comida le damos el café á Bermúdez mandándole á presidio?

ANTONIO.

Hay que convenir en que la condición humana es perversa.

RAMÓN.

Mucho. Y eso que el hombre es lo mejorcito de la

Creación, pero siempre supeditado al egoismo. Ya lo ves. Necesita algo; no lo tiene. Lo toma.

ANTONIO.

¡Ah! Sí. Yo me refería al espíritu de venganza que está infiltrado en nuestra naturaleza.

RAMÓN.

La coz del mulo cuando siente el tábano.

ANTONIO.

Afortunadamente la reflexión viene en nuestra ayuda y modifica los malos instintos. Lo que es ayer, si tengo á mano un inspector de policía, Bermúdez duerme en la cárcel.

RAMÓN.

(Aparte.) Cambió el viento. (Alto.) Ya dormirá.

ANTONIO.

O nó. A los pícaros no les falta nunca un ángel que los proteja.

RAMÓN.

En esta ocasión lo veo difícil.

ANTONIO.

En esta ocasión como en todas, si no nos doblegamos á las influencias concluiremos por rendirnos á la compasión. La sensibilidad es el flaco de las personas decentes.

RAMÓN.

Pero... oye; observo que has dado una vuelta...

ANTONIO.

¡Hombre!... Por ti.

RAMÓN.

¿Por mí? ¿Pues que te he pedido yo?

ANTONIO.

Nada; pero en el mundo hay una multitud de cons-

deraciones que guardar que nos impiden muchas veces cumplir con nuestro deber. Has invocado el nombre de Julia...

RAMÓN.

No para hacerte desistir de tus propósitos.

ANTONIO.

Tácitamente sí, porque me has cogido por el corazón dando al traste con mi entereza.

RAMÓN.

No sabía que lo tuvieses tan sensible.

ANTONIO.

Ahí tienes el ángel de los bribones. ¿Cómo procedo contra Bermúdez sin señalar con un estigma de oprobio á su inocente hija que á todas horas se interpondrá entre su padre y yo como un remordimiento? No, nunca. Quiero dormir tranquilo.

RAMÓN.

¡Qué bueno eres!

ANTONIO.

Como cualquiera.

RAMÓN.

No, yo no lo soy tanto; y ya que tú desistes, prescindiremos de ti, pero la acusación se hará.

ANTONIO.

¡Eh! Reflexiona...

RAMÓN.

A mí no me quita nada el sueño. Sin duda aún no soy bastante persona decente.

ANTONIO.

Es absurdo. Tú menos que nadie puedes echar sobre ti semejante responsabilidad.

RAMÓN.

No conoces mis fuerzas.

ANTONIO.

Tu amor por Julia...

RAMÓN.

Lo ahogaré.

ANTONIO.

Mira que obras por despecho.

RAMÓN.

No; por convicción; tú me lo has asegurado.

ANTONIO.

Pero esa pobre criatura...

RAMÓN.

Más pobres son los hijos de Nicolás, que tienen hambre y oprobio y piden pan y justicia.

ANTONIO.

¡Ramón! (Aparte.) No cede.

RAMON.

Cuando yo he dicho adelante no me detengo ya. He tomado el camino más corto; la línea recta. Llegaré el primero.

ESCENA VIII.

DICHOS y CARMEN.

CARMEN.

¿Estorbo?

ANTONIO.

Ayúdame á disuadir á tu primo. No hay medio de hacerle entrar en razón.

CARMEN.

¿Pues cómo?

ANTONIO.

Se empeña en que Bermúdez...

CARMEN.

No prosigas.

LOS OTROS.

¿Qué?

CARMEN.

Estaba previsto. Estos incorruptibles, son así: delante de la gente se comen á los hombres crudos; pero en cuanto no los ven, esconden el puritanismo en la buhardilla trastera.

RAMÓN.

¡Qué perspicacia la tuya!

ANTONIO.

No es eso.

CARMEN.

Es claro; la pasión ciega. No se ve más que á una niña inocente que paga el pato, y el padre borra al ladrón. Pero no importa; aquí estamos nosotros. Tus jeremiadas no le quitarán el grillete.

ANTONIO.

No desvaríes más... Es todo lo contrario. Quiere denunciarle.

CARMEN.

¿Pues entonces?... Ya me extrañaba á mí que un hombre de su rectitud...

ANTONIO.

Eso ya no es rectitud; es carencia de sentimientos... Un alma noble lo olvida todo.

CARMEN.

Pero esto está en griego para mí. Entendámonos.

RAMÓN.

Que Antonio odia el delito, pero compadece al delincuente.

CARMEN.

¿Tú?

ANTONIO.

Mi conciencia no carga con el peso de una denuncia. (Haciendo señas á Carmen.)

CARMEN.

¿Y aún nos llaman veletas á nosotras? ¿Qué giro se le ha dado á esta cuestión?

RAMÓN.

El giro mutuo.

LOS OTROS.

¿Qué?

RAMÓN.

Basta de hipocresías. Que te enseñe tu hermano las letras que tiene en el bolsillo.

ANTONIO.

¿Yo?

CARMEN.

¿Qué letras?

RAMÓN.

Las que Bermúdez ha retirado de la circulación pagándolas por él librándole de la ruina.

CARMEN.

¿Es eso verdad?

ANTONIO.

Pues bien, sí. ¿Puedo yo decentemente causar la desgracia de un amantísimo padre que me pide perdón in-

vocando el nombre de su hija; que me restituye mucho más de lo que en un momento de extravío me usurpó, que me rehabilita en los negocios y que ha sido en fin mi amigo de siempre?

RAMÓN.

(Aparte.) ¡Esto clama al cielo!

CARMEN.

(Aparte.) Es claro: él logra lo suyo. Pero á mí me dejan con mis terrenos tan improductivos como antes.

ANTONIO.

Cuando no por gratitud, por caridad cristiana...

RAMÓN.

No blasfemes.

CARMEN.

Antonio, semejante debilidad es indigna de ti.

ANTONIO.

¿Qué?

CARMEN.

Tú serías el primero en afear ese proceder en otro.

ANTONIO.

Pero...

RAMÓN.

Hasta tu propia hermana lo censura.

ANTONIO.

No me explico la razón.

CARMEN.

Porque eso es venderse como una espuerta de melocotones.

ANTONIO.

(Aparte á Carmen.) ¿Te has vuelto loca?

CARMEN.

(Aparte á Antonio.) ¡Hijo! Tú te salvas de la quiebra; pero á mí nadie me construye el ferrocarril.

ANTONIO.

(Aparte.) Egoista.

CARMEN.

Lo primero es el deber.

ANTONIO.

Ese infeliz implora vuestra clemencia.

CARMEN.

Que la pague...

LOS OTROS.

¿Eh?

CARMEN.

Ya que la ha hecho.

RAMÓN.

Así, prima mía. ¡Cómo consuela el ver que aún hay caracteres en el mundo que no se doblan á las exigencias ajenas ni al interés propio!

CARMEN.

¿Doblarme yo? Me había de pasar por encima un tren...

RAMÓN.

Lucharemos hasta el fin.

CARMEN.

No transijo con los ladrones.

ESCENA IX.

DICHOS y MANUEL.

MANUEL.

(En el colmo de la alegría.) Si yo ya lo decía.

TODOS.

¿Qué?

MANUEL.

Dudar de él hubiera sido dudar del honor personificado.

ANTONIO.

¿Pero qué pasa?

MANUEL.

La victoria más brillante. El triunfo más decisivo... ¡Se ha votado el ferrocarril!

TODOS.

¿Sí?

CARMEN.

¿Pero con la modificación en el trazado?

MANUEL.

Por Altavilla: por la Rinconada.

CARMEN.

Me alegro por Bermúdez.

MANUEL.

Es natural; siempre nos alcanza algún reflejo de la gloria de nuestros amigos.

CARMEN.

Pero... ¡Cómo! ¿El?...

MANUEL.

Don Juan ha sido el que con su arrebatadora elocuencia ha arrastrado al Parlamento á esa solución tan ansiada por todo el país.

LOS OTROS.

¿Es posible?

RAMÓN.

¿Después de lo que prometió?

MANUEL.

Para el talento no hay nada difícil. ¡Qué discurso! Jamás ha rayado á tanta altura.

CARMEN.

¡Oh! Cuando él quiere...

MANUEL.

Con qué habilidad ha ido recogiendo toda su argumentación de ayer, para venir á aquel párrafo final en que voz, ademanes y actitud parecían robados...

RAMÓN.

¿También?

MANUEL.

Al tribuno más fogoso de la convención francesa.

ANTONIO.

¿Pero cómo ha hecho?...

MANUEL.

«No soy impenitente» ha dicho con la mano en la solapa y la cabeza ligeramente erguida. «Confieso mis errores y abjuro de ellos. Nadie me aventaja en amor ardiente ni en culto fanático por el suelo en que nací, pero antes que la voz de la patria está el grito de la humanidad. Y la humanidad es el centro de un sistema alrededor del que giran todas las nacionalidades y de cuyo foco irradia el calor que mantiene la existencia política del universo.»

CARMEN.

¡Qué precioso!

ANTONIO.

¡Oh! Su estilo...

RAMÓN.

¿Pero todo eso á propósito de qué?

MANUEL.

¡Ah! Sí. A propósito del informe favorable del Ayuntamiento de Valdeolea que se ha leído en el Congreso.

RAMÓN.

¿Cómo? ¿Mi padre se ha prestado?...

MANUEL.

No solo no se oponen á que el ferrocarril pase por Altavilla, sino que le encuentran altamente favorable á los intereses de la localidad.

LOS OTROS.

¿Por qué?

MANUEL.

Por haber brotado en el Rebollar, en los confines del partido, un manantial sulfuroso, que piden se declare de utilidad pública para establecer un balneario.

RAMÓN.

¿Qué manantial? Esa es la fuente del ciprés; la que se cegó con el hundimiento, y que ha salido por la gruta del fraile arrastrando el azufre que había depositado allí Mínguez el polvorista.

MANUEL.

Tal vez. En fin; ya tengo una dirección de aguas medicinales para mi hermano. ¡Pero qué hombre ese! No ha quedado uno que no le abrazase al terminar su oración.

CARMEN.

Me lo explico. Eso entusiasma. Al talento se le perdona todo.

RAMÓN.

¿Qué?

CARMEN.

Ha tenido un tropezón, es verdad; soy la primera en reconocerlo. Pero cuántos días de gloria no ha dado á su patria, y qué doloroso no sería privarla de los que aún la aguardan por un arranque de indignación, justificada hasta cierto punto, pero cruel en el fondo.

RAMÓN.

¿También tú? ¡Qué decepción!

MANUEL.

En el mundo hay qué transigir con ciertas situaciones.

ANTONIO.

De otro modo no habría trato posible.

RAMÓN.

Creí que el nivel moral estaba muy bajo, pero nunca me figuré que se arrastrase por los suelos. Comete un hombre el más repugnante de los delitos; gritáis, no solo por el dolor que os producen vuestras carnes abiertas, sino por el bofetón que recibís como individuos de una sociedad honrada; y, porque os echan un puñado de oro en el bolsillo, la herida se cierra y la marca de los dedos se borra de la mejilla. Podéis reñir batallas con la existencia sin necesidad de escudo que os garantice. Estáis forrados de esa epidermis dura y sin poros por la que no entra nunca la vergüenza ni sale jamás la dignidad ofendida.

MANUEL.

Esas palabras...

CARMEN.

No lo toméis en serio. (Interviniendo.)

ANTONIO.

Pronto te probaría lo contrario á no estar seguro de que no sabes lo que te dices.

CARMEN.

Falta de costumbre. Ignora lo que son las conveniencias sociales.

ANTONIO.

Puede que crea de buena fe que hacemos una especulación.

MANUEL.

Se figura que porque cedemos á la clemencia, ya vamos á comernos á fiestas á ese hombre olvidando sus antecedentes.

RAMÓN.

Hay para dudar de uno mismo.

CARMEN.

No concibe lo que es la influencia moral.

ANTONIO.

Pero debía reconocer que tiene una fuerza incontestable cuando todos se le supeditan.

RAMÓN.

No todos: alguno habrá que le haga frente.

LOS OTROS.

Nadie.

RAMÓN.

Yo. (Se sientan en un lado de la mesa. Carmen, Manuel y Antonio hablan entre sí en el extremo opuesto.)

CARMEN.

Va á comprometernos.

MANUEL.

Hace alguna de las suyas.

ANTONIO.

Julia es quien únicamente podría evitar un escándalo con su presencia.

CARMEN.

Es verdad; no me acordaba... Voy á hacerla venir en seguida.

ANTONIO.

Ella le contendrá. (Vase Carmen.)

ESCENA X.

RAMÓN, ANTONIO, MANUEL y DIEGO.

DIEGO.

Pues señor; aquí no hay más remedio que un diluvio que nos ponga á todos de la noche á la mañana como guindas en aguardiente.

MANUEL.

¡Hola! Don Diego.

ANTONIO.

¿Qué hay?

DIEGO.

Qué no hay, querrá usted decir. Pues no hay ni vergüenza, ni decoro, ni representación nacional. Porque lo que Bermúdez acaba de hacer es jugarse el país á cara ó cruz.

MANUEL.

¡Qué exageración!

ANTONIO.

Le juzga usted apasionadamente.

DIEGO.

¡Ea! Ya está hecha la conversión. ¿Yo apasionadamente? ¡Cómo se conoce que don Juan ha sacado hoy para ustedes el pito de los días de fiesta!

RAMÓN.

Parece que no soy yo el solo á vituperaros.

DIEGO.

(A Ramón.) ¿Estamos unidos? Me alegro; no se reirán de nosotros. Iremos hasta el fin; y si alguien personaliza la cuestión... que venga, que buenos puños tiene usted.

ANTONIO.

¡Qué batallador!

DIEGO.

Eso indigna; ofrecer hoy blanco y mañana dar negro.

RAMÓN.

Y aún le aplauden.

DIEGO.

Consecuencias de la afición taurina. Les entusiasma hasta el cuarteo dado á un Cuerpo Colegislador. Ahora con ese triunfo ya no hay que esperar que deje vacante ni la dirección del Banco, ni el distrito...

MANUEL.

Ahí llaman.

ANTONIO.

Eso es lo que nos escuece.

DIEGO.

¿A mí? Lo deploro por su propia dignidad.

ANTONIO.

Bermúdez conserva la suficiente en medio de su extravío, para imponerse una conducta expiatoria que justifique el perdón que benévolamente le concedemos.

DIEGO.

¡Jubileo general! Pero cuentan sin mí. Lo que es yo doce añitos de presidio...

MANUEL.

Bermúdez se va. Sabe que no puede volver á ponerse en vuestra presencia.

ANTONIO.

Solo vendrá esta noche para humillarse y besar la mano de los que le evitan la deshonra. Pero lo deja todo; honores, títulos, consideración... Se expatría.

DIEGO.

Ya le cogerán por la pata con una cadena como á un loro.

ANTONIO.

Y en su tribulación no ha olvidado á ninguno de los que fueron sus amigos; de esos amigos que le adulaban en la fortuna y ahora se encarnizan con él en la desgracia. No... no lo merece usted. (Yendo á entregarle el telegrama y arrepintiéndose.)

DIEGO.

¿El qué? ¿Me deja algunas botas viejas en el testamento?

ANTONIO.

Aunque... si. Vale más que se ruborice usted de su injusticia. (Decidiéndose y entregándole la cuartilla que contiene el telegrama.)

DIEGO.

¿Qué es esto?

ANTONIO.

Un telegrama que me había mandado para que yo lo firmase y que me disponía á dirigir á Valdeolea. Puede usted leerlo.

DIEGO.

(Leyendo y declamando con emoción creciente que le hace trabucar las palabras.) «Retiro mi candidatura.» ¿Qué? «Bermúdez y yo robamos á ustedes... Rogamos á ustedes que den sus votos al señor Coronado. Por correo la misma confesión.» No. «Por correo hoy mismo confirmación.» (Aparte.) ¡Yo diputado! (Alto tras una pausa.) La verdad es que para conocer á una persona hay que ponerla á prueba.

ANTONIO.

Ya lo ve usted.

DIEGO.

Confieso mi error. Lo juzgué por su falta sin reparar en sus virtudes...

RAMÓN.

¡Pero señor! ¿No hay uno, ni uno que escape á esa maldita influencia?

DIEGO.

(A Ramón.) ¡Hombre! Un desliz lo tiene cualquiera. Y después de todo. Vamos á ver: ¿á ustedes y á mí qué nos importa?

RAMÓN.

No tengo suelto. A mendigar á otra parte. (Se pone á hojear un libro mientras los otros hablan entre sí.)

DIEGO.

¡Qué cerril!

ANTONIO.

Un potro.

MANUEL.

No cede por nada.

DIEGO.

Diga usted que le diéramos algo de su gusto.

ANTONIO.

¿Usted cree?

DIEGO.

Esa tiesura no es más que almidón. En echándole agua, blando como un higo.

MANUEL.

Pues aquí está la regadera. (Sacando un pliego del bolsillo.)

ANTONIO.

¿Qué es ello?

MANUEL.

Su credencial de gobernador.

DIEGO.

Magnífico.

MANUEL.

Sí. ¿Pero quién le pone el cascabel al gato?

RAMÓN.

(Aparte.) No puedo permanecer un minuto más aquí. Lo mejor será marcharme y allá se las compongan ellos. Lobos entre lobos no se muerden.

DIEGO.

(Aparte á los otros tomando la credencial.) Yo me encargo como cosa mía.

RAMÓN.

¿Habrá algún tren esta noche para volverme á Valdeolea?

LOS OTROS.

¿Cómo?

ANTONIO.

Ramón. Sé razonable una vez al menos.

RAMÓN.

Por eso me voy.

ANTONIO.

Y huyes de nosotros como de unos apestados, cuando al fin y á la postre lo que hacemos no es más que poner en práctica tus exhortaciones de hace poco.

RAMÓN.

¿Mis exhortaciones?

ANTONIO.

¿No temías tú que la delación fuese indigna de una persona decente?

RAMÓN.

Sí.

DIEGO.

¡Oh! Soplón... ¡Cosa más fea!...

ANTONIO.

¿No me empujabas tú mismo al perdón convenciéndome de que todos los días no se mete á criminal un caballero?

RAMÓN.

Sí.

DIEGO.

¡Jesús! Ni uno al año cuando hay buena cosecha.

ANTONIO.

¿No insistías en que su mayor castigo está en el desprecio de los hombres honrados?

RAMÓN.

Sí, y cien veces sí. Pero vosotros le vendéis vuestra clemencia y yo se la daba de balde.

DIEGO.

(Aparte á los otros.) Más claro no puede decir que el que no llora no mama. Allá voy.

MANUEL.

Pero...

ANTONIO.

(Aparte á Manuel.) Déjale. Él lo quiere, con su pan se lo coma.

DIEGO.

(Acercándose á Ramón y enseñándole el pliego con una sonrisa significativa.) ¡De balde! ¿Conoce usted el santoral romano?

RAMÓN.

¿Eh? (Mirándole con desconfianza.)

DIEGO.

Hoy reza la iglesia á San Bruno.

RAMÓN.

¿San Bruno?

DIEGO.

Que daba ciento por uno.

RAMÓN.

¿Pero que es esto?

DIEGO.

Algo que por mi mediación, le hace á usted llegar Bermúdez. (Dándole el pliego que Ramón lee indignado.) Nada menos que la credencial de gobernador tan deseada.

RAMÓN.

(Levantándose.) Bermúdez es un infame. ¿Comprarme á mí? ¿Pero ustedes creen que la lepra que los devora es el estado natural del hombre? No, yo estoy sano y como yo muchos. Y ante la simple sospecha de que el contacto del mal contaminase alguno de mis miembros, lo amputo resueltamente (Rompiendo el pliego) y se lo arrojo á la cara al leproso, para que vea la repugnancia que me producen esas enfermedades vergonzosas que no se pueden tratar más que en clínica secreta. (Les arroja á la cara los pedazos.)

DIEGO.

(Aparte.) Se disparó. Si no tuviese esos puños...

RAMÓN.

Ahora ya no me marcho. Comprendo que tengo una misión que llenar, y ya que no encuentro decencia, buscaré justicia.

ESCENA XI.

DICHOS, el CRIADO seguido de NORBERTO

CRIADO.

El señor juez del distrito. (Vase.)

TODOS.

¡El juez!

RAMÓN.

A tiempo llega.

NORBERTO.

Señores...

TODOS.

¡Lafuente!

ANTONIO.

(Aparte.) Repuesto.

DIEGO.

Ya sacó este raja. (Aparte.)

NORBERTO.

(Á Antonio.) Me atrevo á volver á presentarme aquí, en virtud de la carta de usted y porque en ella se invoca mi ministerio.

ANTONIO.

¡Ah!... Si... Ya es inútil. No se trata más que del amigo.

RAMÓN.

Y del magistrado.

ANTONIO

¡Ramón!

MANUEL.

¡Por última vez!

DIEGO.

¡Que es provincia de primer orden! (Estas tres frases son dichas simultáneamente y aparte á Rámón.)

NORBERTO.

Usted dirá.

RAMÓN.

(Aparte.) Adios Julia. (Alto.) En esta casa se ha cometido un robo. El ladrón me es conôcido y yo lo delato.

NORBERTO.

¿Su nombre?

RAMÓN.

Don Juan Bermúdez.

TODOS.

¡Ah! (Pausa.)

NORBERTO.

Pues... usted me perdonará; pero yo no puedo hacerme cargo de esa acusación.

TODOS.

¿Cómo?

NORBERTO.

Ese hombre me ha rehabilitado, le debo el pan de mis hijos, es mi segundo padre.

RAMÓN.

Pero antes que á él se debe usted á la sociedad ofendida, cuya custodia le impone el cargo de que está usted investido.

NORBERTO.

Sí señor: pero desde este instante renuncio á él. (Arrojando sobre una silla el bastón de juez.)

TODOS.

¿Qué?

NORBERTO.

Es en vano insistir. El juez ya no existe: solo queda el hombre reconocido.

RAMÓN.

¡Ni á lo más recto; ni á lo más santo; ni á lo que debería ser escudo de la moral atropellada; ni á la justicia, en fin, se le deja ser justicia!...

ESCENA XII.

DICHOS y CARMEN.

CARMEN.

¡Victoria!... ¡Victoria!...

TODOS.

¿Eh?

CARMEN.

¡Qué hallazgo! ¡Ah! ¡Lafuente! Tanto gusto en ver á usted por aquí...

DIEGO.

(Aparte.) La pizarra y la esponja. Fábula moral.

ANTONIO.

¿Pero qué ocurre?

CARMEN.

No... nada.

ANTONIO.

Puedes hablar delante de Norberto.

DIEGO.

Juez *bis* del distrito.

CARMEN.

¡Ah! ¿Sí? Me alegro: porque me va usted á ayudar á poner en la cárcel á una bribona.

TODOS.

¿A quién?

CARMEN.

A la camarera que me ha robado una corbata de encaje.

RAMÓN.

Permite...

CARMEN.

Sí, sí; conozco el pretexto. Que alguien iba á regalarle otra igual.

RAMÓN.

No es pretexto.

ANTONIO.

¡Mujer!...

CARMEN.

Bueno. La perdono por ustedes. Pero es el caso que con ese motivo, me ha obligado á la fuerza á registrarle el baul, como si yo fuese una persona de poco más ó menos y... Si no puede una fiarse de nadie.

ANTONIO.

Acaba.

CARMEN.

Me he encontrado la fotografía de Vicuña y esta carta, en que le dice que su matrimonio no es más que

una especulación, pero que él no la abandonará nunca, de modo que Julia está ya desligada de todo compromiso y podrá casarse con Ramón.

RAMÓN.

¿Conmigo? (Extrañado.)

CARMEN.

Contigo, que eres su pasión primera; la única persona por quien su corazón ha latido.

RAMÓN.

Imposible. (No creyendo su dicha.)

CARMEN.

Ella misma me lo ha confesado; se lo haremos repetir.

RAMÓN.

Yo sueño...

ANTONIO.

Llénala de oprobio si te atreves.

MANUEL.

Manche usted su pureza angelical.

RAMÓN.

Pero yo no debo estrechar la mano de ese hombre.

ANTONIO.

Se irá.

RAMÓN.

No importa. Yo no puedo deberle nada.

CARMEN.

Pues bien. Haremos que se oponga.

MANUEL.

El juez suplirá el disenso paterno.

ANTONIO.

Carmen tomará á Julia en depósito.

RAMÓN.

¡Oh! Jamás.

ESCENA XIII.

DICHOS y JULIA.

UNOS.

Ella.

OTROS.

Julia.

CARMEN.

Ven acá... Responde. ¿No es verdad que tú amas á Ramón? ¿Que tú misma me lo has confesado?

JULIA.

(Afligida.) Sí, le amaba, pero todo ha concluído.

TODOS.

¡Cómo!

OTROS.

¿Por qué?

JULIA.

Porque hace llorar á mi padre.

TODOS.

¡Ah!

JULIA.

(Llorando.) Yo no sé lo que tiene; pero se me está

muriendo de pena. Y dice que todo es por Ramón, por el único cuya mano tendría tanto orgullo en estrechar porque es la de un hombre honrado.

RAMÓN.

¡Julia!

JULIA.

Quite usted. Sus lágrimas han abierto un abismo entre los dos.

RAMÓN.

¡Dios mío! (Aparte.) Yo he luchado hasta el fin; pero no puedo más. Bastardas ó nobles hay siempre influencias que se cruzan y que no evita nadie... nadie, toda vez que hasta yo me declaro vencido. (Alto á Julia.) Esas lágrimas yo las secaré.

JULIA.

¿De veras?

RAMÓN.

Lo juro.

TODOS.

¡Ah!

CARMEN.

Ya era tiempo.

ESCENA XIV.

DICHOS, el CRIADO, luego JUAN.

CRIADO.

El señor Bermúdez. (Vase.)

JUAN.

(Cohibido y en actitud suplicante sin ver á su hija). Yo pido perdón á todos...

CARMEN.

(Borrando la frase.) ¿De la tardanza? No faltaba más.

MANUEL.

Un hombre de negocios.

DIEGO.

Solo hay media hora de retraso.

ANTONIO.

Siéntense ustedes.

(Todos se sientan. La conversación se hace á grandes pausas producidas por el deseo de estar afables con Bermúdez, y el temor de ir demasiado lejos y merecer alguna censura de Ramón que los observa. Juan se repone con el recibimiento que se le hace y que extraña.)

CARMEN.

(A Julia.) ¡Qué precioso vestido!

TODOS.

¡Precioso!

MANUEL.

(A Juan.) Felicito á usted por su notable discurso.

TODOS.

Notable.

ANTONIO.

¿La bolsa ha cerrado en firme?

TODOS.

En firme.

DIEGO.

¡Qué hermosa tarde!

TODOS.

¡Hermosa!

DIEGO.

(Aparte.) Bonita situación la nuestra.

(La puerta del foro se abre y deja ver el comedor iluminado. El criado avisa á Carmen.)

(Alto.) Con permiso de ustedes yo voy á poner un telegrama.

RAMÓN.

Si quiere usted encargarse de transmitir otro mío. (Escribiendo con lápiz en una hoja de su cartera.)

DIEGO.

(Aparte.) Me recomienda tal vez á su padre. (Alto.) ¿Cómo no?

ANTONIO.

Los llevará un criado.

CARMEN.

Ya estamos servidos. A la mesa.

DIEGO.

Póngalo usted clarito; no vayan á confundir...

RAMÓN.

Creo que más claro... (Leyendo.) «Regreso mañana; doy por concluída mi educación. No sé lo que es ser persona decente.»

FIN DE LA COMEDIA.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.